

INTERESPACIOS: ENCUENTROS  
ENTRE LITERATURA Y GEOGRAFÍA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE  
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

# INTERESPACIOS: ENCUENTROS ENTRE LITERARIA Y GEOGRAFÍA

Nattie Golubov  
(coordinadora-editora)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Centro de Investigaciones sobre América del Norte

---

México, 2024



Primera edición, diciembre de 2024

D. R. © 2024 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,  
C. P. 04510, Ciudad de México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE  
Torre II de Humanidades, pisos 1, 7, 9 y 10  
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.  
Tels.: (55) 5623 0000 al 09  
<http://www.cisan.unam.mx>  
[cisan@unam.mx](mailto:cisan@unam.mx)

ISBN 978-607-30-9851-9

Diseño de la portada: Patricia Pérez Ramírez  
Fotografía de portada: Odette de Siena Cortés London

La coordinadora-editora de este libro desea agradecer al PASPA, UNAM, y a la Royal Holloway, Universidad de Londres, donde realizó la estancia sabática.

Este libro fue dictaminado con el método doble ciego y se han seguido lineamientos rigurosos de edición académica. Para mayor información sobre nuestros procesos y nuestro comité editorial, véase <http://www.cisan.unam.mx/publicaciones.php> o escriba a [publicaciones.cisan@unam.mx](mailto:publicaciones.cisan@unam.mx).

Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de los legítimos titulares de los derechos.

Impreso en México / Printed in Mexico

# ÍNDICE

Introducción .....	9
<i>Nattie Golubov</i>	

## Conexiones

Relacionalidad genealógica: geografías compartidas de ascendencia y diferencia .....	69
<i>Catherine Nash</i>	

La vida de los osos.... si el tiempo lo permite .....	87
<i>Kathryn Yusoff y Jennifer Gabrys</i>	

Establecer conexiones y pensar con las emociones: entre la geografía y la psicoterapia .....	105
<i>Liz Bondi</i>	

Sobre la (re)vuelta creativa a la geografía: poesía, política y pasión .....	145
<i>Clare Madge</i>	

Logros y directrices de la geografía literaria .....	169
<i>Marc Brosseau</i>	

## Atmósferas

Métodos atmosféricos.....	195
<i>Ben Anderson y James Ash</i>	

Atmósferas literarias .....	219
<i>Hsuan Lin Hsu</i>	

Atmósferas urbanas .....	227
<i>Matthew Gandy</i>	

¿Cómo se crea el espacio en el sonido? Mediación espacial,  
fenomenología crítica y agencia política del sonido ..... 265  
*George Revill*

Amplificar lo auditivo en la geografía literaria ..... 299  
*Sheila Hones*

## Cosas

El territorio de la pantalla..... 323  
*Derek Gregory*

Desfamiliarizar al dron: política, estética y surrealismo de la levitación..... 353  
*Peter Adey*

Fronteras en movimiento: la política de la tierra..... 385  
*Peter Nyers*

## Mapas

Cartografía cultural: mapas y mapeo en la geografía cultural ..... 399  
*Denis Cosgrove*

Entre literatura y teoría cartográfica: hacia una “cartocrítica” ..... 427  
*Tania Rossetto y Giada Peterle*

Sueños, añoranzas y recuerdos: visualizando la dimensión  
de espacios proyectados en la ficción..... 447  
*Barbara Piatti, Anne-Kathrin Reuschel y Lorenz Hurni*

El espacio literario en ausencia de descripción.  
Un reto para la interpretación geográfica de la literatura..... 469  
*Marc Brosseau*

## Lugares

Visualizar el archipiélago ..... 501  
*Elaine Stratford, Godfrey Baldaccino, Elizabeth McMahon,  
Carol Farbotko y Andrew Harwood*

El género de las islas: la literatura popular y las geografías performativas <i>Ralph Crane y Lisa Fletcher</i>	527
La conceptualización de lo carcelario en la geografía carcelaria..... <i>Dominique Moran, Jennifer Turner y Anna Schliehe</i>	551
Paisaje y <i>landschaft</i> ..... <i>Denis Cosgrove</i>	591
Del más allá: H. P. Lovecraft y el lugar del horror ..... <i>James Kneale</i>	613
Sobre las y los autores.....	647



# INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

*Nattie Golubov*

“Concebir el espacio como un corte estático en el tiempo,  
una representación, un sistema cerrado y demás  
son todas formas de domarlo.”

Doreen Massey (2008)

Esta compilación, que reúne artículos traducidos al español, tiene la intención de ofrecer a quienes nos dedicamos a los estudios literarios un abanico de perspectivas y temas relacionados con la geografía cultural, con la finalidad de fomentar un intercambio interdisciplinario y, en particular, afinar los análisis de la geografía *en y de* la literatura contemporánea. No pretende ser una antología representativa ni actual del muy diverso y dinámico campo de la geografía cultural ni tampoco del de la geografía literaria que está en vías de consolidación, sino un conjunto de ejemplos y posibilidades para la reflexión acerca de la geografía y su representación.

Además de que es un volumen irremediamente limitado si se lee desde la disciplina de la geografía porque adolece de incontables ausencias y limitaciones, la labor de recopilación se vio constreñida por la disponibilidad de textos que pudieran ser traducidos y publicados sin obligación de pagar derechos; fue gracias a la infalible buena disposición de sus autores y autoras, quienes otorgaron permiso para ello, que existe esta colección. La selección es también personal, dado que incluí artículos con propuestas que me parecen iluminadoras para el estudio de la literatura contemporánea, incluso cuando no versan directamente sobre ella: por ejemplo, el artículo de Derek Gregory sobre los drones inicia citando una novela de Owen Sheers, Clare Madge escribe un poema como herramienta para la investigación y generación de conocimiento, Yusoff y Gabrys citan a Kafka para hablar de los zoológicos y el cambio climático, en cambio, Nash y Bondi no

<sup>1</sup> Todas las citas que en la fuente original están en inglés han sido traducidas por mí. [N. de la coord.]

se refieren a la literatura directamente, pero sus artículos nos invitan a reflexionar geográficamente sobre diferentes tipos de relaciones frecuentes en la literatura (pienso en un ejemplo evidente de la genealogía familiar, el apéndice de Compson a *El sonido y la furia* de William Faulkner o en la importancia de las relaciones entre humanos y no humanos en la *cli fi*).

En lo que resta de esta introducción ofrezco un panorama muy esquemático de la cambiante relación entre la geografía y la literatura a manera de contexto para los artículos compilados de publicación más reciente: es una historia más larga de lo que se cree. Para ello, me he basado en trabajos que se han esforzado por sistematizar el rumbo que ha seguido esta relación para tratar de establecer una diferenciación, sin duda, controvertible entre las humanidades espaciales asociadas con Michel Foucault, Fredric Jameson, Edward Soja y las otras muchas perspectivas como la geocrítica asociada con Bertrand Westphal y Robert Tally, la psicogeografía derivada del situacionismo, la geopoética, las geografías imaginarias o la cartografía literaria, todas ellas asociadas con los estudios literarios espaciales con fundamentos en los estudios literarios (Tally, 2019).

En lo personal, me inclino por la perspectiva de Sheila Hones porque su propuesta metodológica enfatiza el diálogo entre disciplinas y su versión de la geografía literaria tiene vínculos cercanos con las ciencias sociales, mientras que los estudios de la espacialidad en el mundo anglófono “operan estrictamente dentro de las fronteras disciplinarias de la literatura y las humanidades” (Tally, 2019: 393); por lo mismo, suelen usar el concepto de espacio metafóricamente por su énfasis en los sistemas de significación y las mediaciones culturales, mientras que la geografía literaria incorpora la materialidad del mundo físico al análisis de cómo “las relaciones de dominación, coerción, instrucción, etcétera, emergen mediante el ensamblaje de mundos en los que habitan diversas fuerzas humanas, inhumanas y no humanas” (Anderson, 2017: 501). Desde esta perspectiva, las representaciones mismas hacen cosas porque están insertas en un entramado complejo de fuerzas: “El primer paso en este desplazamiento sería una reorientación del objeto de análisis que iría de la representación y el sistema que expresa, a cómo la representación, al ser una parte de una configuración relacional, opera e incide en ella” (Anderson, 2019: 1122).

## De la geografía de la literatura a la geografía literaria

El conjunto de prácticas académicas asociadas con la geografía literaria es tan diverso en sus metodologías como en sus genealogías teóricas. La revista académica *Literary Geographies*, primera en dedicarse exclusivamente a publicar investigación en este campo, nació en 2015, muy recientemente si consideramos que la primera ocasión en que se usó el término “literary geography” en el mundo anglófono fue en 1904, cuando el escritor inglés William Sharp publicó una guía para el turismo literario con el modesto propósito de describir las “tierras literarias”, una cartografía literaria de la vida y obra de algunos famosos escritores británicos. Desde entonces, la geografía, al igual que los estudios literarios y otras disciplinas sociales, ha pasado por una serie de giros paradigmáticos que han beneficiado la consolidación de la geografía literaria porque han posibilitado el acercamiento disciplinario con base en un vocabulario conceptual, una perspectiva política acerca del poder y fuentes compartidas para entender sus operaciones y efectos. El giro cultural en las geografías cultural y humana que data de los años ochenta del siglo xx dejó un legado permanente para la geografía literaria que, incluso después de ocurrida una serie de otros giros subsecuentes inimaginables, sin ese primer reposicionamiento metodológico, difícilmente olvidará la centralidad de “la política de la representación” (Jackson, 2001) en el análisis del espacio.

Tampoco existe un acuerdo acerca de lo que es la geografía literaria por la inmensa cantidad de representaciones literarias de espacios y lugares, la historia y los rasgos específicos de los géneros literarios geocéntricos, las propiedades espaciales del texto en tanto objeto material (Alexander, 2015: 5) y el evento de la obra que es inevitablemente geográfico porque en él participan muchos procesos espaciales (Hones, 2014). Recientemente, incluso a partir del giro no representacional, afectivo y materialista en la geografía cultural, la geografía literaria ha desplazado el foco de atención hacia la creación del espacio en la literatura mediante otros recursos como el sonido o la creación de atmósferas, afectos o relaciones entre agentes humanos y no humanos, objetos y animales (véase los artículos de Gandy, Hones, Hsu y Anderson y Ash en esta antología); el giro relacional asociado con los ensamblajes y la geografía relacional inspira la propuesta de la geografía literaria representada en la obra de Sheila Hones y Jon Anderson que

comento al final de esta introducción. Aunque han seguido un camino distinto, los estudios literarios urbanos (*urban literary studies*), también interdisciplinarios, dialogan con la geografía urbana y el urbanismo, y al igual que la geografía literaria se inclinan por analizar la ficción como agente de cambio (Schlosser, 2022: 372). Todo este corpus es teóricamente ecléctico y, por esta razón, difícil de describir, clasificar y organizar; no obstante, para efectos de esta introducción, el corpus se limitará a algunos textos representativos de los paradigmas teóricos y las prácticas interpretativas que los geógrafos han elaborado para aproximarse al fenómeno literario.

Tenemos entonces que, como señala Neal Alexander, la geografía literaria es un campo de investigación interdisciplinario emergente ubicado en una interfase —un interespacio— específico entre la geografía cultural y los estudios literarios. Según Alexander, la geografía literaria sustrae su energía del giro cultural en la geografía, surgida de la mano de los estudios culturales, que reubicaron la cultura al centro del análisis por ser el “medio por el que se vive, resiste y constituye el cambio social” (Alexander, 2015: 3). Las condiciones institucionales, epistemológicas y metodológicas necesarias para el nacimiento de la geografía literaria fueron éstas, junto con las aportaciones de la geografía humanista y la geografía radical posestructural. Desde entonces, los geógrafos se han transformado en lectores más sofisticados de la literatura y los críticos literarios han estado más atentos al trabajo de los geógrafos. En 2009, Ramesh Dhussa comentó que la geografía literaria es un tema relativamente nuevo en la geografía humana; por su parte, Ogborn coincide cuando, en 2005, hace un llamado a evaluar la relación entre la geografía y los estudios literarios. Él ya habla de un giro posrepresentacional en el sentido de que mucho del trabajo sobre las imágenes de las ciudades, descripciones del campo y los discursos sobre Oriente se sustentan en la noción de que existe un espacio representable que puede significarse de maneras distintas en contextos distintos: adolece de “idealismo discursivo” (Anderson, 2019: 1121). Aunque Ogborn no lo mencione, éste es el supuesto que subyace a la propuesta geocrítica de Bertrand Westphal, quien en su libro *La Géocritique: Réel, fiction, espace* analiza las representaciones literarias de los lugares y la historia cultural de las ciudades europeas en concreto con un método comparatista.

Lo que es claro es que son teorías que ya han asimilado un conjunto de cuestionamientos epistemológicos, políticos, metodológicos y teóricos que

van desde el feminismo y el poscolonialismo hasta el pensamiento de teóricos como Bruno Latour, Elizabeth Povinelli, Anna Tsing, Karen Barad, Jane Bennett o Georges Monbiot, recientemente. Tras asimilar las aportaciones de los giros lingüístico y cultural para unos años después reconocer las limitaciones de estudiar los “sistemas representacionales-referenciales, con el propósito de reducir o terminar sus violencias simbólicas” (Anderson, 2017: 501), se ha regresado al estudio de las dimensiones materiales de las obras literarias mediante los recursos del nuevo materialismo (véase artículo de Nyes en esta antología): el giro posrepresentacional incorpora lo preconsciente a la investigación y la experiencia, y disminuye con ello el papel del discurso y la individualidad, la subjetividad y la excepcionalidad humanas en los análisis del espacio. También se cruzan caminos con la antropología, se incorporan reflexiones a nivel planetario (véase el artículo de Yusoff y Gabrys en esta antología) y se amplían las relaciones espaciales para incorporar las dinámicas interespecie y poshumanas que incluyen no sólo a los animales, sino a las plantas, así como otros agentes materiales como las rocas, las cuevas, el aire o las mercancías, que adquieren agencia no humana carente de intencionalidad y plantean escalas temporales y territoriales distintas como la geológica, que también abarca lo subterráneo y atmosférico. Todo esto indica que las fronteras disciplinarias se han desdibujado desde hace tiempo en la misma geografía cultural.

La geografía literaria participa de este complejo panorama, como indican Harriet Hawkins y Sarah de Leeuw (2017) en su artículo sobre la geografía creativa. Señalan que esta última es una metodología de investigación, así como un medio para generar productos de investigación novedosos que cruzan fronteras disciplinarias por múltiples vías, muchas de las cuales requieren trabajo colaborativo y participativo: además de las revistas arriba mencionadas, otras publicaciones periódicas académicas especializadas en geografía hoy en día incorporan obras gráfica o poética a sus páginas; asimismo, muchos geógrafos trabajan de manera cercana con la práctica creativa, ya sea en la fabricación de instalaciones, curando exposiciones o produciendo obras y archivos visuales; también escriben obras de teatro, películas y poesía. Un buen exponente de esta nueva geografía creativa sería Tim Creswell, quien ha publicado hasta la fecha dos libros de poesía entre muchas obras académicas, o el proyecto sobre la naturaleza urbana en zonas abandonadas de Berlín de Matthew Gandy; el artículo de Clare Madge en esta antología

es ejemplo temprano de esta última propuesta. Aunque la geografía literaria por el momento no ha abordado algunos de los caminos seguidos por las geografías creativas, seguramente no tardará en hacerlo por su afinidad natural con las artes visuales, el cine y otras expresiones artísticas inter y transmediales, el trabajo de campo etnográfico y la investigación situada. La narrativa sigue siendo una forma primaria de organizar la experiencia humana que se usa ampliamente en textos verbales, visuales, orales, escritos en verso y prosa, imaginarios, históricos, referenciales y ficcionales porque “las personas saben quiénes son por medio de las historias que cuentan sobre sí mismas y los otros” (Friedman, 1998: 8), que siempre transcurren en algún lugar.

Hay géneros literarios enteros que se definen por sus rasgos geográficos o espaciales, como las utopías, la poesía pastoril, la literatura de viajes (Tally, 2017: 1); existen innumerables obras literarias que incluyen mapas de los lugares recorridos o habitados por los personajes en mundos fantásticos o existentes, que van desde el mapa del bosque de los Cien Acres de Winnie the Pooh hasta los atlas de San Francisco, Nueva York y Nueva Orleans editados por Rebecca Solnit. El estudio de la relación entre la cartografía y la literatura (o la cartografía literaria) ha sido fértil, y tanto los artículos de Barbara Piatti, Anne-Kathrin y Lorenz Hurni como de Tania Rossetto y Giada Peterle son ejemplo de ello, pero incluso cuando una obra no tiene información geográfica, se entiende que hay un mundo en el que se originan, transcurren y significan los acontecimientos.

A otra escala, en términos colectivos, las identidades son impensables sin la narrativa, incluso cuando reconozcamos que son siempre cambiantes, parciales y contradictorias, y que las narrativas culturales codifican y cifran las normas, historias, valores e ideologías del orden social. La etimología misma de “geografía” indica la proximidad entre la literatura y la geografía: tierra + grabar, escribir, dibujar, de tal manera que Edward Said afirma que nadie se escapa de la disputa por la geografía:

Están en juego territorio y posesiones, geografía y poder. Todo en la historia humana está arraigado en la tierra, lo que significa que debemos pensar acerca de las formas de habitar [...]. Así como nadie está fuera o más allá de la geografía, ninguno está completamente libre de la lucha por la geografía. Esa lucha es compleja e interesante porque no trata sólo de soldados y cañones, sino de ideas, formas, imágenes e imaginaciones (Said, 1993: 7).

La geografía literaria se ubica en un terreno intermedio entre los soldados y las imágenes, porque por una parte reconoce que el conocimiento geográfico, así como las representaciones del entorno no humano no escapan al sesgo cultural, mientras que la crítica literaria asume que las representaciones tienen existencia material y agencia porque inciden en el mundo y en sus lectores directamente. Las consecuencias geográficas del actuar político son uno de los temas centrales de la geografía literaria.

En estas páginas esbozo algunas de las principales etapas o fases de la geografía literaria no desde la perspectiva de los estudios literarios, sino —principalmente— desde el ámbito de la disciplina de la geografía; en otras palabras, “el estudio de la literatura por parte de los geógrafos” (Brosseau, 1994). Aunque sea un criterio simplista por basarse en la afiliación disciplinaria del autor/a así como de sus fuentes, me parece necesario tender y cruzar puentes entre las disciplinas para introducir una mayor atención a la materialidad y complejidad del estudio de la literatura como fenómeno espacial porque, en buena medida, sigue analizando todo tipo de representaciones para denunciar sus sesgos ideológicos. Muriel Rosemberg propone la “geoliteratura” para designar los usos de la literatura por parte de los geógrafos, sin importar el marco teórico en el que se inscriban, para diferenciarlo de la crítica literaria que estudia “el espacio o la espacialidad” (Rosemberg, 2016). Este último concepto tampoco expresa cabalmente el cruce disciplinario en el que se ubica la geografía literaria. Es en este borde entre dos disciplinas donde ubico el lugar desde donde se revisa esta historia de un campo, con el propósito de distinguir entre dos tipos de lectura distintas y estrechar las relaciones entre ellas. Enfatizo el papel de la lectura en la definición de la geografía literaria porque así lo hacen los fundadores de la revista *Literary Geographies*. Actualmente, además, debido a las redes sociodigitales, los y las lectores tienen una influencia sin precedentes en el mundo editorial y la circulación de libros a nivel global.

El giro espacial en los estudios literarios ha sido muy productivo y existen excelentes estudios monográficos y teórico-metodológicos al respecto como *Spatiality*, de Robert Tally, o *Geocriticism*, de Bernard Westphal, publicada en inglés en la colección *Geocriticism and Spatial Literary Studies* de la editorial Palgrave Macmillan, que ofrece otros volúmenes; en español contamos con *Espacios, imágenes y vectores. Desafíos actuales de las literaturas comparadas*, colección compilada por Mariano García, María José Puente y

María Lucía Puppo, en 2015. He elegido complementar esta perspectiva con las aportaciones de los propios geógrafos porque tienden a ser más cuidadosos con las metáforas espaciales, así como más precisos en el uso de la terminología relativa a los fenómenos geográficos, empezando por los conceptos clave de la disciplina como paisaje, lugar y espacio. Con motivo de la publicación del *Routledge Handbook of Literature and Space* (2017), editado por Tally, Sheila Hones señala que la diferencia entre la geografía literaria y los estudios de la espacialidad literaria (o los estudios literarios de la espacialidad, geocéntricos) es que estos últimos no dialogan con la geografía, además, las distintas denominaciones más novedosas usadas para nombrar el campo —cartografía literaria, geocrítica, geopoética, geografía imaginativa— simplemente describen el tipo de crítica literaria bastante convencional orientada al estudio del espacio en la literatura que siempre ha sido un subcampo de los estudios literarios: no superan las fronteras disciplinares. Es interesante notar que los colaboradores de esa compilación de Tally adscritos a disciplinas literarias citan pocas (o ninguna) fuentes provenientes de la disciplina geográfica, mientras que los geógrafos sí hacen uso de la crítica y la teoría literarias: como señala Hones, las diferencias disciplinares y los métodos y objetivos de cada una de ellas son importantes y, por ello, a diferencia de estos estudios literarios, la geografía literaria surge en el interespacio de las dos disciplinas: “lo ‘literario’ de la geografía literaria se refiere tanto a los textos literarios como a los estudios literarios, mientras que la ‘geografía’ de la geografía literaria se refiere no sólo a las geografías reales e imaginarias sino a la humana en tanto disciplina académica” (Hones, 2018: 1). Es precisamente en las fuentes citadas donde Hones ubica el interés por la geografía cultural y humana, sus propuestas teóricas y prácticas, así como sus diálogos con las ciencias sociales.

Los geógrafos que trabajan con textos literarios datan de 1924: Wright, en *The Geographical Review*, menciona algunas lecturas sobre el tema, en su mayoría valiosas por sus descripciones del “color local, una cualidad evasiva que se revela en sus distintas tonalidades a distintos investigadores. Existe, no obstante, y el geógrafo debería estar entre los últimos en desdeñar su existencia. Una monografía regional sin color no alcanza a tocar la verdad geográfica” (Wright, 1924: 659). Ignorar esta larga tradición al interior de la geografía, dice Hones, es una omisión con consecuencias metodológicas y teóricas significativas para la geocrítica actual que permanece arraigada

firmemente en los confines disciplinarios, sin los beneficios que aportarían las discusiones y problemáticas que se entablan en el marco de la disciplina de la geografía. Ante este escenario, en esta revisión de la geografía literaria, entonces, se enfatizarán las diferentes formas en las que la geografía hace uso de la literatura a partir de una selección de textos representativos de las principales perspectivas.

A diferencia de la crítica literaria que estudia temas del espacio, que en muchas ocasiones convierte objetos espaciales en metáforas de otra cosa o piensa el espacio como un contenedor para la acción humana (véase Ronen, 1986, y la narratología), la geografía literaria y en particular la crítica literaria elaborada por los geógrafos tiende a enfocarse en la relación mutuamente constitutiva entre geografía y sociedad, las dinámicas entre las relaciones sociales, el poder y el espacio, sobre todo después del giro cultural. Los archivos que usan orientan la lectura: una conciencia de cómo la producción del espacio es histórica obliga a que sus análisis sean histórica y culturalmente específicos, y radicalmente contextuales porque reconocen la complejidad del hecho geográfico. Aunque la crítica literaria acepta que la literatura nos habla del mundo cuando examinamos el espacio textual, por lo general no se pregunta si el texto aporta conocimiento geográfico para explicar la realidad. Por otro lado, con frecuencia la geografía instrumentaliza la literatura e ignora su particular naturaleza porque la interpreta como si fuese un reflejo no mediado de un lugar o de la experiencia del lugar, el “encuentro entre una persona y un lugar” (Rosemburg, 2016: 4).

Sheila Hones, cuando escribe sobre ciencia ficción, indica que la relación entre lo que “sabemos”, lo que “podemos decir” y lo que “podemos imaginar” es fundamental para el género, porque los escritores crean mundos extraños con referencia a geografías familiares y con las convenciones de las formas narrativas familiares (2002: 157). Podríamos decir esto de la geografía literaria en general, en el sentido de que estudia eso que Edward Soja llamó el “tercer espacio”, una forma de pensar el espacio que toma en cuenta los espacios materiales y mentales, reales e imaginarios (Soja, 1996: 11).

Asimismo, Hones propone una metodología que busca superar la distancia disciplinaria entre el estudio de las “geografías textuales”, la interpretación detallada de los significados de los textos, espacios y sus representaciones y una perspectiva más materialista, “las geografías de los textos” que investigan las geografías de la producción, circulación y recepción de la literatura

(Ogborn, 2005: 149). Hones y Brosseau sugieren que hay dos geografías implicadas en el proceso: la geografía del autor y la geografía de la lectora, aunque podríamos sumar muchas más, las geografías de la producción material del libro en tanto objeto, el origen del papel en el que se imprime, los circuitos de distribución virtuales, así como las infraestructuras que necesitan, porque “todos los textos están escritos, publicados y son leídos en algún lugar, y son estos lugares los que ahora requieren mayor atención” (Thacker, 2017, 2005). No se trata únicamente de hacer geografía del libro (Ogborn, 2005), sino de dinamizar las relaciones entre estos distintos emplazamientos y estudiar las operaciones y efectos de estas relaciones en la agencialidad de la obra en tanto objeto (mercancía y creación discursiva).

Como se mencionó anteriormente, fue William Sharp quien escribió *Literary Geography* para los turistas literarios anticipando lo que ahora es una significativa rama del turismo cultural económicamente, ese turismo que visita lugares que “adquieren su significado por sus vínculos con autores y el ambiente de sus novelas” (Sharp, 1904: 312). Los capítulos del libro de Sharp llevan títulos tales como “la geografía literaria del Támesis”, “la tierra de las Brontë” o “Dickenslandia”, todos ilustrados con fotos, grabados, acuarelas y dibujos. El que corresponde a las hermanas Brontë reconoce desde un inicio la discrepancia entre las descripciones literarias de los lugares y su existencia real, dado que dicho territorio se extiende por dos regiones y la casa misma es un compuesto de dos estilos arquitectónicos. El conocimiento que tiene el autor acerca de la región y la obra de las famosas hermanas luce por el nivel de detalle de sus descripciones. Como señala Alexander, para Sharp la geografía literaria significa poco más que la descripción pintoresca de los lugares, paisajes o regiones asociados con escritores individuales, aunque también puede referirse a esas entidades geográficas que son reimaginadas en sus textos (Alexander, 2015: 4).

El libro de Sharp es un ejemplo ideal de cómo el paisaje opera en la descripción geográfica, que en la geografía cultural anglófona tiende a usarse para hacer referencia a un área física visible desde una ubicación particular, actividad que hoy en día implica entender el conflicto social y cultural que no escapa a la representación del paisaje mismo (Morin, 2019: 286), distinto de fenómenos similares como la naturaleza, la región, el área, el lugar, el escenario, el panorama, el entorno. Uno de los artículos de Cosgrove en esta antología, “Paisaje y *landschaft*”, pone la lupa en esta dimensión del paisaje al reconocer

que éstos no sólo significan o simbolizan las relaciones de poder, sino que son en sí mismos un instrumento de poder cultural.

En lo que sigue expongo algunos de los momentos más destacados de la relación entre geografía y literatura: aunque se organizan cronológicamente, en la práctica coexisten, dialogan y se traslapan.

## Geografía humanista

La etapa humanista o humanística de la geografía en su relación con la literatura suele asociarse principalmente con la obra del geógrafo Yi-fu Tuan (2014) y la antología *Humanistic Geography and Literature: Essays on the Experience of Place*, editada por Douglas Pocock (2014) en 1981. La geografía humanista que, explican Seamon y Lundberg, predominó durante las décadas de los setenta y ochenta, argumenta que una comprensión plena de la relación entre los humanos y el entorno debe considerar las experiencias individuales y colectivas de los significados del espacio, el lugar, el paisaje, la región, la movilidad y los fenómenos geográficos relacionados. Esta perspectiva se benefició del trabajo de la psicología y las ciencias del comportamiento al desplazar el foco de atención hacia las imágenes, actitudes, preferencias y visiones del mundo de los individuos y alejarse de las ciencias de la Tierra. Aunque seguía siendo cuantitativa, los datos ofrecían a la geografía humanista la justificación necesaria para analizar la relación que los humanos establecen con su entorno en reacción a una profunda insatisfacción con los modelos mecanicistas del positivismo de los setenta.

Se la denominó geografía humanista porque tenía como objetivo ubicar a los humanos y su experiencia del entorno en el centro de la investigación geográfica. Es relevante ahora porque, en su intento por articular la experiencia humana del lugar y el paisaje, algunos geógrafos humanistas dialogaron con las humanidades, en particular las artes visuales y la literatura, por tratarse de formas de expresión que, en su opinión, ofrecían conocimiento que no estaba disponible mediante la mirada científica del geógrafo (Gregory, 2009: 357). Los supuestos principales de la geografía humanista fueron los siguientes: 1) la vida y experiencia humanas son una estructura dinámica y multivalente que incorpora dimensiones sensoriales, emocionales, cognitivas, de actitud y traspersonales que deben estudiarse para comprender la

complejidad de la experiencia espacial; 2) la experiencia es opaca, por lo que es necesario explorar metodologías que permitan el acceso a mundos y experiencias de los sujetos de investigación. En el ensayo de Pocock, que expongo más adelante, el geógrafo dice que “una definición de la literatura es ‘la reconstitución de la experiencia’. Dado que es característico de la experiencia permanecer oculta mientras no sea interpretada y que nunca está completa sino hasta que se expresa, la literatura representa una manera formal de articularla, desprovista del detalle confuso” (Pocock, 1984: 92); 3) cuestionaron la distancia entre el observador y los observados alegando que la investigación debía incorporar la experiencia del propio geógrafo. Seamon y Lundberg (2017) argumentan que los geógrafos humanistas fundamentaron su trabajo en dos modelos de investigación: las explicaciones de la experiencia y las interpretaciones de los mundos sociales. Las primeras se asociaron principalmente con los estudios del lugar y el trabajo de geógrafos como Tuan, David Seamon, Edward Relph y Douglas Pocock. Basadas en la fenomenología, las interpretaciones del lugar se nutrían de la experiencia vivida, el argumento filosófico, los informes archivísticos, la fotografía, el cine y otros medios para enfatizar la experiencia vivida. El segundo modelo, asociado con James Duncan, David Ley, Susan Smith, Graham Rowles y Marwyn Samuels incorporó el pragmatismo, el posestructuralismo, el marxismo y el interaccionismo simbólico. Estaba arraigado empíricamente a un lugar específico o una situación social, por ejemplo, las subculturas, la vivienda y la gentrificación. El lugar en este modelo era una “realidad negociada por medio de la cual las personas facilitaban espacios, que a su vez facilitaban las vidas de las personas asociadas a esos lugares” (Seamon y Lundberg, 2017).

Vale la pena detenerse en la geografía humanista por su importante contribución a la legitimación de la literatura como fuente de conocimiento geográfico. En su artículo “Humanistic Geography”, Tuan argumenta que este tipo de geografía está orientada a la comprensión de lo humano y su condición, “las relaciones de las personas con la naturaleza, su comportamiento geográfico, así como sus emociones e ideas en relación con el espacio y el lugar” (Tuan, 1976: 266), por ello está identificada con las humanidades y las ciencias sociales más que con las ciencias de la Tierra: es “crítica y reflexiva” (Tuan, 1976: 279). Los humanistas, explica Tuan en referencia a Erasmo y a Julian Huxley, buscan comprender al individuo humano, su indagación se basa en una perspectiva amplia y “expansiva” de lo que es y puede hacer un

humano, sobre todo en contraste con una perspectiva científica “restrictiva” que tiende a minimizar el papel que juegan la reflexividad y creatividad humanas en su interacción con la naturaleza. La concepción humanística que define disciplinas como la historia, la filosofía, las artes y la literatura se enfoca en “los pensamientos y actos que son característicamente humanos”: “en el corazón de la historia, por ejemplo, está el evento. Los eventos humanos se distinguen por su carácter y alcance, pero se parecen porque muestran la habilidad humana para comenzar, para empezar de nuevo [...]. En las obras de arte las experiencias de vida de las personas y el mundo están vívidamente objetivadas” (Tuan, 1976: 267).

Para explicar mejor la orientación de la geografía humana, Tuan identifica cinco temas de interés: conocimiento geográfico, territorio y lugar, privacidad y aglomeración, sustento y economía, y religión. Los geógrafos producen conocimiento geográfico, pero “todos los grupos humanos poseen ideas” acerca del espacio, la ubicación, los recursos y el lugar. Hay diversidad en este conocimiento: “algunos pueblos carecen de un sentido formalizado del espacio y el lugar; pueden orientarse en su mundo, pero esta habilidad no se transforma en un conocimiento que pueda comunicarse verbalmente o mediante mapas y diagramas. Otros pueblos pueden ser excelentes navegantes que se lanzan con confianza al inmenso océano y cuyo conocimiento geográfico está formalmente organizado por lo que puede enseñarse, pero pueden carecer de un concepto desarrollado de los sistemas espaciales y jerarquías. Un tercer grupo pudo haber elaborado un cosmos en el que las jerarquías espaciales son un componente esencial, pero sus miembros pueden ser geógrafos aplicados indiferentes” (Tuan, 1976: 268). Se trata, entonces, de explicar por qué ciertos grupos tienen habilidad espacial, pero no conocimiento espacial, por ejemplo, o tienen conocimiento implícito, pero no sistematizado y expresado en algún mapa. Las preguntas que plantea Tuan son la siguientes:

- I. ¿Cómo es que los humanos perciben el espacio y sus límites como eso que está más allá de lo conocido? Los mamíferos conocen el territorio como una red de caminos y lugares, pero “las personas son capaces de mantener el territorio como concepto, imaginar su forma, incluyendo esas partes que no pueden percibir en el momento, pero la necesidad de hacerlo no necesariamente se presenta” (Tuan, 1976: 269).

2. ¿Qué papel juegan la emoción y el pensamiento en el vínculo con el lugar? Las dimensiones de los lugares humanos varían mucho, “un sillón frente a la chimenea es un lugar, pero también lo es el Estado-nación. Los pequeños lugares pueden conocerse mediante la experiencia directa, incluidos los sentidos íntimos del olfato y el tacto. Una región grande como el Estado-nación está más allá de la experiencia directa de la mayoría de las personas, pero puede ser transformado en un lugar —el foco de una apasionada lealtad— con los medios simbólicos del arte, la educación y la política” (Tuan, 1976: 296). La forma en que el espacio se vuelve un lugar intensamente humano es materia de estudio del geógrafo humanista.
3. La aglomeración y la privacidad, que también pueden pensarse en términos de proximidad y distancia no sólo de cuerpos, sino de objetos: “la cultura media entre la densidad y el comportamiento. Las personas aglomeradas en Hong Kong no son más propensas al crimen que las que viven en las ciudades estadounidenses relativamente espaciales”. Lo que distingue una aproximación humanística al fenómeno es la “descripción de la cualidad de la emoción experimentada en entornos específicos” (Tuan, 1976: 269-270).
4. El sustento y la economía: “el sustento en el contexto humano no significa únicamente las actividades que mantienen la vida biológica de una comunidad. El término sustento se usa sobre todo para los seres humanos con buena razón: incluso entre las personas más primitivas, el sustento está marcado por objetivos y valores no zoológicos”. ¿Cómo se distinguen las actividades económicas de las no económicas? “La nitidez con la que se identifica un compartimento de la vida económica, dedicada a la producción y el intercambio de bienes materiales, varía mucho de una sociedad a otra” (Tuan, 1976: 271).
5. Religión: “el impulso religioso existe para vincular las cosas entre sí [...]. Todos los humanos son religiosos si la religión se define a grandes rasgos como el impulso por la coherencia y el significado”. La geografía humanista hace uso de la geografía histórica para comprender cómo un grupo de personas le da sentido al territorio y al lugar, y el pasado es un arsenal para la creación de una conciencia nacional e ideológica: “el Oeste americano nos recuerda lo poco que la imagen popular de un lugar depende del conocimiento histórico escrupuloso”

(Tuan, 1976: 272). Por su parte, la geografía regional que logra “capturar la esencia del lugar es una obra de arte”. La identidad de un lugar está constituida por su carácter físico, su historia, la forma en que las personas usan su pasado para fomentar la conciencia regional y el arte es muy buena fuente para este conocimiento por la cantidad de detalles que ofrece.

El geógrafo humanista enfrenta varios desafíos: el primero radica en no identificar adecuadamente el designio y la planeación donde los hay, no ver intención cuando lo que opera son las fuerzas objetivas. Hace falta, dice Tuan, correr riesgos en este sentido y preguntar en el proceso de creación del entorno qué tanto fue intencional y planificado, y qué no. Además, tampoco se puede suponer una correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo que se ha pensado y lo que se expresa, porque no necesariamente existe concordancia entre estos dos momentos. Haría falta darle historicidad a este concepto de experiencia porque está mediada por el trabajo de la representación literaria. Por otro lado, también advierte que se presta demasiada atención a los comienzos, como cuando se investiga la migración y se ignora el hecho de que “el hábito gobierna las vidas de las personas, y que cuando se establece un patrón de movimiento satisfactorio tiende a permanecer”. No se empieza de cero: “un humanista que reconoce la fuerza del hábito en todas las esferas de la actividad humana está mejor equipado para evaluar la importancia de la iniciativa, de la habilidad para deshacerse de modos habituales con la guía del pensamiento consciente” (Tuan, 1976: 274).

De acuerdo con Tuan, en cuanto a su contribución a la ciencia, la geografía humanista introduce nuevos materiales a la investigación que incluyen “la naturaleza y el rango de la experiencia humana y el pensamiento, la cualidad e intensidad de una emoción, la ambivalencia y ambigüedad de valores y actitudes, la naturaleza y el poder del símbolo y el carácter de los eventos humanos, intenciones y aspiraciones”. El geógrafo es, entonces, una especie de intermediario entre el científico social y el de otras áreas porque “recoge estas pepitas de experiencia capturadas en el arte y las descompone en temas más simples que pueden ordenarse sistemáticamente. Una vez simplificada la experiencia y cuando se le da una estructura explícita, sus componentes pueden dar cabida a una explicación científica” (Tuan, 1976: 274). Parece que una tarea del geógrafo humanístico es develar las formas en que

la cultura media entre la actividad humana y su entorno físico, las formas de relación habituales, la creatividad humana en su interacción con el entorno y la creación, sistematización y transmisión de conocimiento geográfico como elemento de una cultura. Tuan explícitamente expuso el valor de la literatura para la geografía porque es conocimiento geográfico: “el propósito de la literatura es presentar la experiencia concreta (incluida aquélla que tenemos cotidianamente) y, al hacerlo, nos ofrece una experiencia de lo concreto” (Tuan, 2014: 196). Desde el posestructuralismo, esta noción de la experiencia es problemática (Scott, 1991), pero Tuan partía del supuesto de que la experiencia (sensorial, corporal, cognitiva), aunque elusiva, se encuentra en las artes que articulan y estabilizan ese “flujo rudimentario de experiencia” mediante la abstracción de un segmento de la realidad.

El artículo de Tuan “Literature and Geography...” apareció originalmente en la antología *Humanistic Geography: Prospects and Problems* (2014), editada por David Ley y Marwyn Samuels. En éste, Tuan identifica tres tipos de relación entre la literatura y la geografía: la escritura geográfica puede tener mejor calidad literaria si remite a fuentes *ad hoc*, la literatura puede ser una buena fuente de materiales para el geógrafo, pues ofrece una perspectiva sobre cómo las personas viven su mundo. En sentido amplio, la literatura abarca todo tipo de escritura, no sólo la ficcional o narrativa, sino la científica también, pero entre la ficción y la sociología parece haber coincidencias porque con frecuencia las artes anticipan los intereses de la sociología, como cuando los impresionistas y novelistas decimonónicos recurrieron a la ciudad como telón de fondo en sus novelas antes de que Marx, Durkheim, Weber estudiaran el paisaje cultural y social urbano. No así con la geografía, que parece ocuparse del mundo “exterior” (Tuan, 2014: 195) de las casas, campos y costumbres y no de aspectos “interiores” como la voluntad, la intensidad, las ideas y los símbolos, aquello que hace que las personas sean “humanas”. Ha sido una trayectoria disciplinaria particular la que ha apartado a la literatura de la geografía, señala Tuan, porque “la geografía ha tenido menor influencia de los filósofos de la Ilustración que del gobierno y el comercio, instituciones que en el mejor de los casos tienen un interés en buena medida marginal —esto es, decorativo— en la literatura” (Tuan, 2014: 195). Por ello, la primera relación es de poco interés, porque la literatura se usaría para “decorar” la investigación geográfica con algunas citas o pinturas, por ejemplo.

¿Qué tienen en común los distintos tipos de literatura? La pregunta se hace para poder entender cómo las obras literarias más “puras” pueden enriquecer la labor del geógrafo (Tuan, 2014: 196):

podría decirse que la literatura precisa o enmarca la experiencia que está formada por innumerables percepciones, actos e impactos ambientales. Las experiencias son concretas, pero en retrospectiva son curiosamente elusivas. Al terminar el día o una vida, podría preguntarse, ¿a dónde ha ido a parar todo? El propósito de la literatura es presentar la experiencia concreta (incluido el tipo que tenemos todos los días) y, haciendo eso, nos ofrece una experiencia de lo concreto, que es un asunto muy diferente. Para descubrir lo que ha sido nuestra experiencia realmente, debemos reconstituirla (Tuan, 2014: 196).

Tanto el arte como la ciencia se abstraen del flujo indistinto de la experiencia, segmentan la realidad y crean cuadros del mundo. Estas imágenes, paradójicamente, aunque abstractas, permiten “aprehender la experiencia concreta”, incluso si una busca claridad mientras la otra, completud. La literatura no puede ser la fuente de información geográfica porque “la precisión en el detalle factual nunca ha sido el objetivo del arte literario” (Tuan, 2014: 200). Este objetivo se logra porque el novelista explora la complejidad de la cotidianidad en contexto y no como hechos aislados mostrándole así al geógrafo una forma de mirar. Estos modos de experiencia con frecuencia son “experimentos del pensamiento” (*thought experiments*) (Tuan, 2014: 200) porque postulan situaciones hipotéticas que se resuelven. Para el geógrafo, la literatura puede poner atención y orientarla hacia temas y aspectos de la vida que él no necesariamente contempla o percibe siquiera porque tiene el sesgo de sus propios intereses disciplinarios. Por ejemplo, un geógrafo tiene que pensar en la naturaleza del barrio, pero podría preguntarse ¿quiénes son los vecinos?, ¿cómo se relacionan entre sí? (Tuan, 2014: 201). Douglas Pocock coincide con Tuan en conceptualizar la literatura como una práctica que reconstituye a la experiencia vivida que, sin interpretación ni depuración, permanecería oculta:

La verdadera experiencia sólo puede ser vivida. Cualquier intento por presentarla —en los chismes y las novelas o los tratados científicos— es una abstracción. La experiencia verdadera es particular; por necesidad la reportamos como generalidad. El arte literario es más particular que el discurso general, bastante menos particular que las sensaciones, el pensamiento y los impactos

del vivir momento a momento. Una meta del arte literario es presentar posibles modos de experiencia: ¿qué significa ser despachador de gasolina en el Chicago de 1920? (Pocock, 2014: 200).

Para Pocock, la geografía —entendida como la “descripción de la Tierra” cuyo propósito es analizar la relación entre los humanos y su entorno—, puede tener una interfase recíproca con la literatura por la “tríada entre persona, trama y lugar” que en ella es recurrente (Pocock, 1984: 87). Es a partir de esta tríada como Pocock organiza su discusión. Comienza entonces con el entorno: el paisaje, la localidad, el lugar o región en el que se lleva a cabo la historia, que sería el tema de interés más obvio para los geógrafos, para quienes las descripciones han sido útiles para justificar el uso del concepto de región, investigar la conciencia regional o la imagen de alguna región o incluso para enriquecer la descripción regional. La novela es el género más socorrido para ello, por obvias razones, porque explora la transformación del entorno (*setting*), y así vincula el ambiente con la persona. El lugar emerge de la experiencia y, a su vez, la simboliza, una reciprocidad discutida por la autora regionalista Eudora Welty, citada por él. Lo interesante de Pocock, como de otros de sus contemporáneos, es que su diálogo no es con teóricos literarios, como lo será después en la nueva geografía cultural, sino con autores que escriben sobre su propia escritura.

“Quizá la parte que más intriga del estudio geográfico de la relación persona-entorno es la fuerza y la dirección del vínculo” (Pocock, 1984: 90). La literatura ofrece descripciones importantes para entender esta relación, desde la más determinista que establece una de tipo causal entre lugar y personaje, hasta la más psicológica, que desdibuja el entorno porque se centra en la interioridad. En el caso del regionalismo, “los paisajes, pero especialmente las viviendas, dieron forma y expresaron el carácter personal. Las novelas regionales describieron la simbiosis con entornos particulares; después del cambio de siglo, cuando las novelas frecuentemente se ocuparon de una antifonía del lugar, las dos ubicaciones representaban estados mentales contrastantes”. En cambio, la literatura modernista, dice, ofrece la representación de una relación diferente entre persona y lugar: ya sea que se usen los lugares genéricos (prisiones, hospitales), ningún lugar o lugares, son simplemente simbólicos, la polaridad que existe entre estos estilos queda resuelta por la propia literatura, y argumenta:

Algunas novelas describen el movimiento continuo, la alucinación del lugar o incluso un desenlace apocalíptico, pero estas respuestas no son una solución permanente como tampoco lo es la felicidad proyectada en la estabilidad de un solo lugar. Lo que comunica una lectura más amplia de la literatura imaginativa es un rechazo a una relación absoluta entre la satisfacción humana y un lugar fijo. Necesitamos desafiar lo nuevo al igual que la seguridad de lo establecido, del movimiento entre lugares, así como el arraigo (Pocock, 1984: 92).

Pocock señala que en la literatura encontramos una amplia gama de posibles relaciones entre el humano y su entorno porque, así como los personajes son seres contextuales en el mundo, son culturales y “seres emplazados” (Pocock, 1984: 91). Lo que la literatura ofrece es un rechazo a la relación absoluta entre la realización humana y el lugar porque explora la dialéctica entre el arraigo y el movimiento.

A los geógrafos les interesa la variedad de experiencias que registra la literatura porque los acontecimientos transcurren en algún lugar, mientras que la experiencia del lugar puede ser cotidiana y mundana, contradictoria y turbia, excepcional y trascendente, incluye la experiencia de adentro/afuera. Pocock reconoce que la literatura no sólo reconstituye al mundo, sino que lo formula, “es por lo tanto un elemento importante tanto en el control como el cambio social” (Pocock, 1984: 92). Incluso ha sido fundamental en la transformación de las actitudes hacia entornos particulares como las montañas o los desiertos, por ejemplo. En cuanto a la historia o la trama, Pocock recuerda que los geógrafos cuentan historias al igual que los novelistas cuando interpretan paisajes culturales o personifican regiones, así que también tienen un interés en el carácter espacial de la trama, los patrones de movimiento de los personajes que problematizan las relaciones entre interior y exterior, centro-periferia, el exilio y el encierro, el hogar y el viaje.

Pocock es cuidadoso en señalar que la literatura es lenguaje y que éste “responde, divide y estructura la realidad” (Pocock, 1984: 94). Esto lo han recuperado algunos autores que analizan el empleo de la metáfora en la descripción del espacio; por su parte, dice Pocock, los críticos “contextuales” enfatizan que en tanto producto de la sociedad la obra es una construcción social o sistema de significación cultural, no un medio pasivo o neutral de comunicación, de tal manera que el texto no es una ventana transparente al mundo. Otra perspectiva argumenta que es inevitablemente ideológica, ya que el autor puede no estar consciente de lo que hace. Pocock finalmente

concluye que la interfase entre literatura y geografía tiene al menos dos dimensiones, una sustantiva o que busca datos, la otra metodológica o filosófica, por lo que la literatura es tanto una fuente como una herramienta para la exploración geográfica: “algunos geógrafos han abordado autores particulares y examinado los elementos geográficos en sus obras y vida [...]. Estas piezas esencialmente constituyen la suma de la contribución de los geógrafos a la crítica literaria. El geógrafo como tal inicia más apropiadamente no con un autor o autores, sino con un área, un tema o pueblo, en un estudio en el que la literatura ofrece una fuente primaria o secundaria”. Para los geógrafos humanísticos, entonces, los textos literarios articulan las cualidades del mundo de la vida o del lugar que de otra forma permanecerían ocultas (Pocock, 1984: 96).

En su introducción al libro *Humanistic Geography and Literature. Essays on the Experience of Place*, Pocock (2014) claramente asume el supuesto de que la literatura es universal porque reflexiona acerca de la condición humana, y es por este alcance amplio de lo literario por lo que puede ser tema de estudio de la geografía. Llama revelación literaria a la siguiente paradoja:

la verdad de la ficción es una verdad que va más allá de los meros hechos. La realidad ficticia puede trascender o contener más verdad que la realidad física o cotidiana. Y es aquí donde radica la paradoja de la literatura. Aunque por esencia es diferente, y por lo tanto una fuente documental pobre de material sobre lugares, personas u organizaciones, la literatura de cualquier manera posee una superioridad peculiar sobre los reportes del científico social” (Pocock, 2014: 11).

Esta superioridad consiste en que esta verdad es universal, aunque aparentemente se ocupa por lo particular: en otras palabras, es la particularidad lo que es universal. En contraste con el reportaje, por ejemplo, la universalidad de la realidad ficcional radica en que no es exhaustiva, es sugerente e inestable, y el lector es activo intérprete de ella. El geógrafo, entonces, trae al estudio de la literatura su perspectiva geográfica, su interés en el estudio del lugar que incluye la continuidad entre las descripciones del paisaje y la condición humana. La interfase entre la geografía y la literatura se efectúa por medio del encuentro entre el lector y el texto, y su interés en ella radica en que la condición humana no puede divorciarse de la experiencia del entorno, los acontecimientos siempre “tienen lugar” (Pocock, 2014: 12). Vale la

pena recordar que un lugar en la geografía cultural es siempre inevitablemente específico en el sentido de que está constituido por la intersección entre cultura y contexto, por el enredo entre trazas, marcas, residuos o remanentes materiales e inmateriales que perduran en un lugar mediante la vida cultural (Anderson, 2010: 5).

Por ello, un tema de evidente interés para la geografía humanista es la descripción del lugar, lo que Pocock llama “pintar con palabras”, que sería la *écfrasis* en terminología literaria. Otro tema es la topografía literaria que analiza los efectos de la geología en el paisaje, los ríos, altiplanos, montañas o valles. En este sentido, la literatura se ha usado para minar la topografía literaria. Desde esta perspectiva, la literatura es una fuente de conocimiento porque, como todos nuestros “marcos cognitivos de referencia para ver la realidad” (Pocock, 2014: 13), aquélla es un marco de referencia. Pocock da por sentada la diferencia entre alta literatura y otras formas de comunicación tanto literarias como mediáticas, pero reconoce que incide en la formación de “marcos de referencia” porque es parte del currículum escolar y comunica valores y puntos de vista particulares (Pocock, 2014: 14), fungen como una “agencia de control social”. La literatura tiene este poder porque es una forma de percepción, no es sólo el producto de la percepción y remite a la idea humanista de que la experiencia cobra sentido por medio de su articulación, así como creando las bases para una nueva conciencia porque abre ventanas hacia aspectos de la vida cotidiana que por lo general pasan inadvertidos. La literatura es, entonces, tanto una fuente de nuevas intuiciones como un espacio para ensayar hipótesis porque explora la experiencia del mundo: “sentirse en casa y con raíces, por una parte, el exilio y el desasosiego por la otra, son importantes focos polarizados para el estudio en una sociedad cada vez más móvil y en un mundo de creciente homogeneización” (Pocock, 2014: 15). También los objetos presentes en el entorno pueden llegar a constituir obstáculos físicos y topográficos que merecen estudio porque inciden en la experiencia: pensemos en la literatura de viajes, la ficción climática o la literatura contemporánea de las primeras naciones.

El concepto de lugar es esencial en los ensayos de la colección de Pocock:

un concepto que proporciona y organiza lo que se denomina nuestra inmersión en, o interpenetración con, el mundo. Debido a su perspectiva vivencial y

escala variada, el lugar se relaciona con un área que está delimitada y tiene una estructura interna distintiva a la que se le atribuye sentido y que evoca una respuesta afectiva. El resultado natural de la familiaridad con un lugar, no obstante, podría requerir del cuestionamiento por parte de un extraño o un corte de tajo con el fin de articular una respuesta perdurable en cualquier versión del mundo que se de por sentada. El lugar físico es “reemplazado” por medio de nuestras sensibilidades por una imagen del lugar, que no es menos real, mientras que el fenómeno de un sentido y espíritu de lugar destaca la naturaleza vivencial de nuestra interacción. En términos de escala, el lugar puede hacer referencia a un sillón preferido, una habitación o edificio, y ampliarse hasta la patria o incluso un continente (Pocock, 2014: 17).

Vemos aquí que el concepto de lugar empieza a cobrar una fuerza que antes se asociaba con los de paisaje y región, y se pone énfasis en el proceso en el que un espacio adquiere sentido gracias a la interacción entre los humanos y el medio ambiente.

Recordemos, en este sentido, la definición de Tuan del espacio en distinción con el lugar a partir de la experiencia vivida: “las relaciones entre espacio y lugar. En la experiencia, el significado del espacio con frecuencia emerge con el del lugar. *Espacio* es más abstracto que *lugar*. Lo que inicia como un espacio indiferenciado se convierte en lugar conforme se lo conoce mejor y se le otorga valor. Los arquitectos hablan de las cualidades espaciales de lugar; podrían, de igual manera, hablar de las cualidades de la localización del espacio. Se necesitan las ideas de espacio y lugar para definir las. Desde la seguridad y la estabilidad del lugar, estamos conscientes de la apertura, la libertad y la amenaza del espacio, y viceversa. Además, si pensamos en el espacio como aquello que permite el movimiento, entonces el lugar es una pausa; cada pausa en el movimiento hace posible que una ubicación sea transformada en un lugar” (Tuan, 2001: 6).

Noble y Dhussa concluyeron su artículo “Image and Substance: A Review of Literary Geography” con la convicción de que muy pocos académicos tenían interés en estudiar la geografía literaria porque el tema estaba agotado, en cuyo caso ya no tendría futuro, aunque señalan la posibilidad de que se estuviera pasando por un hiato y que en un futuro habría nuevos caminos para la investigación (Noble y Dhussa, 1990: 61). Estas nuevas direcciones serían consecuencia del giro cultural que opacó a la geografía humanista cuando la geografía cultural radical asimiló las propuestas marxistas de los estudios

culturales para crear una “geografía que acogía a la cultura como sitio de lucha” (Cresswell, 2013: 388). Según los geógrafos más radicales, la geografía humanista no había puesto suficiente atención en las configuraciones sistémicas y estructurales del poder, la opresión, la explotación y la dominación, además de que se dedicaba al estudio de la alta cultura, considerada elitista y excluyente (Duncan y Ley, 1982); no obstante estas críticas, como dice Tim Cresswell (2013: 335), en buena medida las aportaciones de la geografía humanista han pasado a formar parte del sentido común geográfico, las ideas acerca del espacio, el lugar, los sentidos, las emociones, el cuerpo y la vida cotidiana no se han abandonado como temas de interés para la geografía humana, tanto así que Nigel Thrift propondrá una geografía no representacional, y sería justamente la que recupera lo no intencional, no discursivo y elusivo de la vida cotidiana previo a su articulación y representación (véase el artículo de Anderson y Ash en esta antología). Adicionalmente, en términos metodológicos, la insistencia en que la producción de conocimiento está siempre localizada (situada, en términos feministas) ha sido importante para la legitimación de varios métodos cualitativos, incluyendo la observación participante, la etnografía o el análisis visual y textual. Brosseau también reconoce que el objetivo de reinstaurar la subjetividad humana en la investigación geográfica fue valioso, así como lo fueron las aportaciones de los geógrafos radicales que buscaban denunciar la injusticia social: “en cierto sentido, se puede decir que esta batalla triangular entre ‘hechos’, ‘experiencia’ e ‘ideología’ correspondió a un debate interno de la geografía, la literatura es simplemente otro terreno en el que se llevó a cabo la disputa” (Brosseau, 2017: 10).

A principios de 1980, la geografía humanista recibió fuertes críticas por parte de los/las geógrafos/as cuantitativos/as, por una parte, y, por otra, de marxistas, feministas y posestructuralistas. Los geógrafos cuantitativos reaccionaron en contra de la metodología de investigación. La crítica que nos interesa es la otra, por su afinidad con el desarrollo de la teoría literaria. Las geógrafas feministas argumentaron que se trataba de una geografía esencialista porque suponía la existencia de una condición humana universal que ignoraba la diversidad, además de que los geógrafos mismos fueron acusados de tener un sesgo masculinista porque arrogantemente se creyeron capaces de entender la experiencia de otros grupos sociales como las mujeres, la comunidad gay y lesbica o las minorías étnicas y raciales. Los marxistas los criticaron por privilegiar al individuo en detrimento de las

estructuras sociales y las relaciones de poder supraindividuales, enfatizando la agencia individual en detrimento del estudio de las dinámicas económicas y políticas que daban forma a los lugares y la vida cotidiana. Desde el posestructuralismo se criticó que la geografía humanista favoreciera el lugar, la interioridad y el arraigo por encima del no lugar, la movilidad y la extranjería, pues suponía que el lugar estaba centrado, era estático, delimitado y excluyente. Había que tener un sentido más progresivo del lugar y enfocarse en cómo los lugares se relacionan y responden a entornos más amplios con otros, tema acuciante en un mundo de flujos marcado por la movilidad, la hibridez, la relatividad, la relacionalidad, la discontinuidad, los ensamblajes y las redes. La geografía humanista prácticamente desapareció a principios de la década de los noventa, aunque el trabajo de los filósofos Jeff Malpas (1999) y Edward Casey (1997), fuertemente fenomenológico, ha inspirado un renovado interés en la experiencia espacial del cuerpo, por ejemplo, mientras que el interés por la geografía humanista ha perdurado fuera de la disciplina de la geografía entre los estudiosos que colocan a los seres humanos en toda su complejidad en el eje de la geografía (Seamon y Lundberg, 2017: 10).

### **Geografía crítica: lo cultural es político**

#### **La cultura espacialmente constituida**

Como lo demuestra el libro *Maps of Meaning*, de Peter Jackson (1989), el giro cultural en la geografía recuperó las propuestas teóricas y los intereses temáticos de los estudios culturales, en particular aquéllos asociados con la Escuela de Birmingham; es el momento en que se abre la posibilidad del diálogo entre la teoría literaria y la geografía, dado que se situó el estudio de las relaciones de poder en el centro de la investigación. Linda McDowell identifica tres conjuntos de tendencias principales en la geografía cultural: aquella derivada de la escuela de Berkeley, la segunda que define la cultura como un conjunto de significados compartidos expresados en distintas prácticas sociales en un lugar y, por último, la escuela del paisaje que se enfoca en la interpretación de patrones de significado en el paisaje (McDowell, 1994: 146). A esta última tendencia pertenecen los autores Denis Cosgrove y Peter Jackson, quienes identificaron la “nueva” geografía cultural, con los

siguientes rasgos: “sería contemporánea, así como histórica (pero siempre contextual y teóricamente informada); social, así como espacial (pero no confinada exclusivamente a temas del paisaje estrechamente definidos); urbana y rural; interesada en la naturaleza contingente de la cultura, las ideologías dominantes y las formas de resistencia a ellas” (Cosgrove y Jackson, 1987). Además, confirmaría la centralidad de la cultura en el quehacer humano. La cultura no es una categoría residual, la variación superficial inexplicable por los análisis económicos más poderosos; es el “medio mismo mediante el cual se vive, desafía y constituye el cambio social” (Cosgrove y Jackson, 1987: 95).

Centrándose en el tema del paisaje, estos autores enfatizan que el concepto mismo es una sofisticada “construcción social”: una forma particular de componer, estructurar y dar sentido al mundo exterior cuya historia debe entenderse en relación con la apropiación material de la tierra, de tal manera que las cualidades simbólicas del paisaje, aquéllas que producen y sostienen el significado social, se han convertido en el foco de la investigación (Cosgrove y Jackson, 1987: 96). Proponen que los paisajes se conceptualicen como formas de ver, de representar, retomando la noción de iconografía de la historia del arte y su apropiación por Clifford Geertz como modelo para la etnografía. Las imágenes, así como los textos, son objetos que deben ser interpretados. Las aportaciones del estudio de la iconografía pueden complementarse con ideas de los estudios culturales que problematizan la estratificación entre la alta cultura y la cultura popular para estudiar las subculturas y la resistencia. Las culturas no son unidades estables y delimitadas —expresadas en un lugar o representadas en un paisaje— porque son escenarios del conflicto social susceptibles de ser interpretados de muchas maneras; los significados son elementos decisivos de conflicto social. Una geografía cultural revitalizada, concluyen, se enfoca en este conflicto que nace de la pluralidad de culturas, cada una de las cuales es específica espaciotemporalmente, pero siempre una “construcción social políticamente controvertida” (Cosgrove y Jackson, 1987: 99).

Tanto Denis Cosgrove (2006) como Duncan y Duncan (1988) recurren a la teoría literaria en sus textos sobre el paisaje y el lugar central que ocupa en la geografía. En su artículo “(Re)reading the Landscape”, los segundos proponen que los conceptos de textualidad, intertextualidad y recepción pueden ser importantes para quienes se interesen en interpretar los paisajes tal y como se hace con las obras literarias. Es evidente que el contexto de la

reflexión es el posestructuralismo, porque remiten a Roland Barthes, así como a Jacques Derrida, Edward Said y Jonathan Culler como fuentes metodológicas: “como geógrafos, el comportamiento textual que nos ocupa es la producción de los paisajes; cómo son construidos sobre la base de un conjunto de textos, cómo son leídos y cómo actúan como una influencia mediadora, dando forma al comportamiento a imagen del texto” (Cosgrove, 2006; Duncan y Duncan, 1988: 120).

Lo que comparte esta geografía cultural con la posmoderna es que se toman en cuenta “los aspectos significantes del espacio —el significado del espacio para los sujetos sociales—” (Lagopoulos, 1993: 255). Cresswell señala los temas que la geografía retoma del posmodernismo: su antiesencialismo, la crítica de las metanarrativas de la modernidad, el papel activo de la representación en la constitución del mundo, su aplicación a la geografía ejemplificada por el libro *Postmodern Geographies*, de Edward Soja (1989) y *The Condition of Postmodernity*, de David Harvey (1989). A partir de ese momento proliferó la geografía posmoderna (Dear 1995, 1988) por caminos que exploraron la diferencia (concepto derrideano), así como las perspectivas “antirrepresentacionales de la representación” (Cresswell, 2013: 521) que tuvieron su mayor impacto en la cartografía (Harley 1989). Veremos brevemente tres ejemplos de este tipo de crítica.

La primera “Beyond Geography and Literature”, de John Silk (1984), es indudablemente marxista, al igual que el artículo de Nigel Thrift “Literature, the Production of Culture and the Politics of Place” (1983). En respuesta a la geografía humanista, Silk busca superar el nivel descriptivo centrado en cómo se siente la gente para preguntar por qué se siente así, cómo esas emociones influyen en su comportamiento en las condiciones sociales en las que se encuentran y cómo la literatura incide en —o tiene influencia de— estos sentimientos y comportamientos. Para ello, Silk revisa tres perspectivas teóricas preentes en los estudios literarios: la formalista, la tradición de la “cultura y sociedad” y la marxista y, como buen marxista firmemente ubicado en el ámbito de la “crítica ideológica” (Schlosser, 2022: 369), propone que es necesario concebir la literatura como una de las muchas prácticas de una sociedad basada en un modo de producción particular, y que al examinar los rasgos intrínsecos de un texto es posible vincularlos con los extrínsecos, incluido el proceso de producción del propio texto: “el objetivo de cualquier investigación basada en un análisis materialista debe, creo,

ir más allá de una celebración de lo vivencial al nivel de la explicación y la comprensión, además de ofrecer una base para la intervención en el proceso de la ‘apropiación mental del mundo’ que combata a la ideología burguesa, consistente en temas, ideas, sentimientos, valores y demás, que apuntalan la posición de la clase dominante [la burguesía] en las sociedades capitalistas” (Silk, 1984: 151). Al mismo tiempo, se deben fortalecer los movimientos anticapitalistas incluidas ciertas formas de regionalismo, separatismo y nacionalismo, el feminismo, el antirracismo y el antifascismo. Lo que se busca es intervenir en el proceso de “apropiación mental del mundo” (Silk, 1984: 151). Silk retoma la costumbre de los geógrafos de minar la literatura en busca de fuentes de información de interés geográfico sobre el medio ambiente y el entorno, pero a diferencia de los humanistas fenomenológicos que buscan en la literatura el significado y la experiencia, acerca de lo que significa vivir en un lugar para dilucidar la relación entre las personas, el lugar y el paisaje, aboga por un “compromiso activo” con el mundo, en contraste con la perspectiva de la geografía humanista que implica un retraimiento del mundo acompañado de aseveraciones grandilocuentes sobre la naturaleza y la condición humana.

Tras hacer una revisión de la escuela del formalismo ruso (y su influencia en el estructuralismo de Ferdinand de Saussure) y del New Criticism, así como de la tradición de cultura y sociedad en la que se pueden incluir a F. R. Leavis, T. S. Eliot y la Escuela de Fráncfort, pasa a comentar la crítica marxista, que se distingue por su preocupación por entender cómo el contexto social en el que se producen y se consumen las obras es importante. Si en un inicio las artes eran epifenómenos, meros espejos de la base económica, después de la escuela de Frankfurt y de las aportaciones de la obra de Walter Benjamin y Bertolt Brecht ha sido más sofisticada la reflexión teórica porque se discute al arte como una forma de producción en sus propios términos, como una práctica cultural concreta. Tras esta revisión crítica que incluye a los estudios culturales y al estructuralismo althusseriano, Silk propone que hay dos aspectos de los textos literarios que son de interés para los geógrafos: 1) son un medio para acceder a los mundos cotidianos de los individuos en términos de su conciencia práctica y el sentido común. Por medio de técnicas específicas, la literatura es muy buena para destacar las relaciones que se analizan en las ciencias sociales, con todo y el conflicto que las relaciones sociales suponen, así como las dinámicas de poder en

coordenadas espaciotemporales específicas; 2) el segundo aspecto que para Silk es importante es el análisis de los efectos literarios en relación con la ideología, tema que Howell retoma, como veremos más adelante. Por ideología, Silk entiende los mapas mentales, teorías, prácticas, ideas y actitudes que sirven a los intereses de una clase social en particular o de una coalición de grupos; éste sería el caso de la literatura regional que jugó un papel importante en la consolidación de la identidad nacional y los mercados en Estados Unidos después de la guerra civil. La comprensión de la ideología depende del contexto en el que se escribe la obra.

El artículo de Silk y los dos siguientes que reviso son importantes porque se aproximan al fenómeno literario por medio de la teoría literaria y los estudios culturales, lo cual constituye un primer paso al trabajo interdisciplinario que da inicio a la geografía literaria contemporánea. La segunda lectura es de Joanne Sharp, más conocida por su libro *Geographies of Postcolonialism*, aunque nos enfocaremos en “Towards a Critical Analysis of Fictive Geographies” (2000). Sharp ubica su discusión en el contexto del efecto que ha tenido el posestructuralismo en la propia geografía, que ha cuestionado sus propios modos de escritura y representación, pero señala que esta mirada crítica no ha sido aplicada al acercamiento a otros tipos de escritura como la literatura, que sigue discutiéndose sin prestar atención al género literario, al modo de producción o a los diferentes tipos de consumo. Es en este contexto donde propone un marco crítico para que la literatura sea tratada desde la perspectiva del contenido y la forma, y que también se respete su distintiva voz.

Como los geógrafos anteriores, Sharp señala que quienes más interés han expresado en mantener una interlocución con la literatura son los geógrafos regionales y humanistas, los primeros por su interés en nutrirse del “poder evocativo de la descripción literaria, mientras que los otros buscan los aspectos menos tangibles, más vivenciales de las geografías” (Sharp, 2000: 327). La ingenuidad con la que se remite a la literatura le otorga una habilidad mágica para “conjurar el sentido del lugar”, porque es considerada natural y espontánea: “la habilidad de los autores literarios para evocar la sensación o esencia de un lugar o situación se plantea como libre de las restricciones impuestas por los rigurosos y estructurados modos de escritura que exigen las ciencias sociales de hoy” (Sharp, 2000: 328). Continúa señalando que se suma a esta ingenuidad una ignorancia acerca de

las diversas formas en que la literatura es productiva de la percepción y la experiencia, no reproductiva.

Además de proporcionar evidencia sobre algún fenómeno o idea o de sugerir cómo se siente un lugar, la literatura también ha sido empleada para evocar una “condición humana que trasciende cualquier diferencia entre personas” (Sharp, 2000: 328) como lo hacen Pocock o el propio Tuan. Por su parte, recordemos que Silk argumenta que la literatura es parte de la cultura material que interviene en la apropiación mental del mundo. El peligro de esta postura que, no obstante, es más sensible a la especificidad del fenómeno literario, es que impone grandes modelos sociológicos a materiales literarios complejos, como señalan Cosgrove y Jackson, citados por Sharp: la literatura se usa para corroborar grandes teorías sociales y políticas. Con estos ejemplos Sharp ilustra una unidireccionalidad de la relación entre la geografía y la literatura que no reconoce que ésta ofrece algo distinto a lo que hace la investigación geográfica, pues al reducir la literatura a ser sólo otra fuente de “datos” sobre fenómenos sociales o culturales, los geógrafos omiten la importancia de la literatura, que es su habilidad para inquietar o desafiar el significado convencional no simplemente por su cobertura de temas “geográficos” sino también mediante convenciones de la escritura literaria particulares. La literatura se distingue de la escritura geográfica por el contenido de la forma de la literatura, el hecho de que no tiene la responsabilidad de ser una representación “verídica” (Sharp, 2000).

En general, explica Sharp, los geógrafos que recurren a la literatura hacen caso omiso de su dimensión estética, ignoran su potencial crítico y —aquello que la distingue de la geografía— al minarla en busca de datos sobre fenómenos sociales o culturales.

A diferencia de los autores anteriores, Sharp dialoga con la teoría literaria —Umberto Eco y Roland Barthes en concreto— para argumentar que, en buena medida, las descripciones de los lugares distan mucho de ser realistas, ya que ante el poder significativo del lenguaje y de la normalización de los signos asociados con los lugares resulta imposible inventar uno sin remitir a ellas. Dado que todas las obras literarias son por definición “incompletas”, los lectores activamente participan en la elaboración de sentido a partir de su propio conocimiento geográfico. También, a diferencia de los autores anteriores, Sharp no descarta la postura más crítica asociada con estudiosos como Silk, ya que acepta que la ubicación del autor en la intersección

de una variedad de sistemas sociales, culturales y económicos incide en la escritura de alguna manera, muy probablemente no intencional, pero Sharp propone un modelo de lectura a partir de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie que supone lo siguiente: “concibo a la literatura como una forma de conocimiento que involucra los aspectos de la voz, examinados mediante una lectura crítica, el discurso explorado por medio del contexto de la escritura y la recepción” (citado en Sharp, 2000: 331).

Inicia Sharp con el análisis de la voz, que para ella significa las estructuras del texto, sus metáforas y usos del lenguaje, con particular atención en la manera en que el texto se dirige al lector, incluyendo, por supuesto, una consideración acerca del género literario. Este punto es importante porque, vía Althusser y su explicación del funcionamiento de la ideología como forma de interpelación constitutiva del sujeto, “las estrategias textuales atraen al lector al texto y permiten que ‘suspenda su incredulidad’, característica de toda ficción novelesca”. Así, para empezar, se comprende cómo el texto subvierte o refuerza normas y estándares y cómo facilita la formación de diferentes formas de pensar alrededor del mundo. Rushdie, por ejemplo, opta por la novela, un género asociado con un periodo en Occidente vinculado con el imperialismo europeo y el nacimiento y consolidación del Estado-nación, pero lo subvierte al “recolonizarlo” usando realismo mágico, subjetividades híbridas, otros registros del inglés, referencias intertextuales no europeas, etc. El contexto de la escritura abarca las referencias extratextuales que proporcionan el efecto de realidad que opera en cada obra ficcional y que son significativas tanto para el autor como para el lector. A diferencia de los geógrafos humanísticos, Sharp insiste en que todo texto se produce en un lugar concreto y por alguien situado, así que es imposible que su obra escape de las múltiples posiciones que ocupa la figura autoral. En el caso concreto de Rushdie, se trata de una cartografía global, su cuestionamiento de la cultura británica, el hibridismo cultural y la dislocación.

El último elemento que introduce Sharp es el contexto de la recepción, que atañe a cómo los textos son usados y abusados por los lectores. En este sentido, el texto es una cosa, un objeto material que circula de distintas maneras entre públicos diversos: “las ‘geografías imaginadas’ creadas mediante todo tipo de medio son centrales para las geografías que usan las personas cuando transitan por su vida cotidiana, de tal manera que es importante entender estos imaginarios por parte de quienes estén tratando de aprehender

las relaciones e identidades geográficas contemporáneas” (Sharp, 2000: 333). De hecho, Sharp sugiere que una diferencia significativa entre los científicos sociales y las personas que pertenecen a las humanidades es la figura de la audiencia (Sharp, 2000: 332). Veremos más adelante que Howell también enfatiza el papel del público en la creación del espacio literario convirtiendo así al proceso de lectura en un proyecto colaborativo de hacer geográfico. Sharp ofrece una metodología de análisis que, al parecer, resultó ser importante para los geógrafos literarios y que al menos en parte es retomado por Sheila Honess (2014) en su libro *Literary Geographies: Narrative Space in Let the Great World Spin*.

El tercer ejemplo es un ensayo de Philip Howell que lleva por título “Crime and the City Solution: Crime Fiction, Urban Knowledge, and Radical Geography”, cuyo objetivo es hacer una lectura crítica de novelas sobre crimen porque ofrecen “conocimientos urbanos” (Howell, 1998: 358), críticos y contrahegemónicos, epistemologías alternativas de la ciudad que pueden convertirse en conocimiento geográfico útil para la geografía y como propuesta contraria a la interpretación del propio David Harvey, quien es criticado por tener una definición reduccionista de la cultura y por adoptar una convención literaria típica del realismo clásico de la vista panorámica del narrador omnisciente que pretende hacer inteligible a la ciudad por medio del conocimiento especular y escópico. Howell rechaza la idea de que la literatura detectivesca es un “espejo del mundo real” y que, por lo tanto, su ideología es simplemente una distorsión de ese mundo, cuando es en la descripción misma donde se hace el trabajo ideológico. Implícita en esta estrategia narrativa está la idea de que los misterios de las ciudades pueden rastrearse en una sola causa, tal como el marxismo argumenta que la causa sistémica de la miseria es el capitalismo, y que al encontrar y castigar esa causa se reinstauran el orden y la ley. La ideología de la literatura detectivesca, dice, es esencialmente conservadora por el trabajo del detective/policía y el establecimiento de la ley y el orden; lo mismo ocurre con las descripciones geográficas de las ciudades, el “paisaje de la detección” (Howell, 360), porque descansan sobre el supuesto epistemológico de que la realidad urbana puede ser descrita, descifrada de tal manera que “las ansiedades que despierta la ciudad moderna son absorbidas y repelidas por la certidumbre de que la ciudad puede ser conocida por medio de la descripción y controlada mediante el conocimiento”, pero este efecto ideológico también subyace a

las representaciones no literarias de la ciudad, como aquéllas elaboradas por la economía política urbana y la propia geografía.

Para Howell éste es un error, porque la literatura detectivesca es bastante menos eficaz en disipar las ansiedades asociadas con la ciudad de lo que la crítica supone. En vez de equiparar el conocimiento con la mirada, sugiere, valdría la pena conocer a la ciudad por medio de la práctica cotidiana de la vida urbana. El género policiaco en particular subvierte el presupuesto ideológico que conlleva el detective individual, porque no suele haber héroes en las policiacas que giran en torno a un grupo de policías, así que no se privilegia ningún punto de vista. Encuentra dos ventajas más en la policiaca: las descripciones urbanas son más precisas porque la atención al detalle local, la especificidad del entorno de la comisaría y los lectores son interpelados para que negocien las realidades de la ciudad desde sus calles. Esto, a su vez, sugiere que la ciudad sólo puede conocerse parcialmente; aunque esto no signifique que el lector carezca de conocimiento privilegiado, éste se basa en referencias compartidas en la vida cotidiana, un “lugar verdaderamente compartido” (Howell, 367). Esta manera de cartografiar la ciudad se refuerza por el uso de múltiples narradores que ofrecen narrativas plurales sobre la ciudad. A partir del ejemplo de la obra de John Harvey, quien al igual que Michel de Certeau conoce la ciudad desde la perspectiva de la práctica cotidiana, no presenta una perspectiva privilegiada: los nombres propios de calles y zonas, edificios públicos y comercios son todos incorporados al movimiento, a itinerarios específicos, a la actividad y la experiencia misma de transitar con la que se crea el espacio mismo. De la obra de Michel de Certeau, Howell retoma la idea de que hay dos tipos de práctica espacial que son análogos a dos figuras lingüísticas: la sinécdoque, que es una figura de desplazamiento y el asíndeton, que es una figura de la desconexión. Las personas suelen darle sentido a la ciudad, conocerla no en su conjunto, sino por medio de elementos selectos que remiten a ciertas zonas, calles o distritos. Por otro lado, el corolario de la sinécdoque es la eliminación de conexiones, la disolución de continuidades y la fragmentación de los lugares. Esta lectura de las descripciones del espacio urbano permite estudiar cómo los habitantes le dan sentido a su entorno y los procesos con los cuales generan conocimiento de la ciudad: estos itinerarios son relatos espaciales.

Howell hace una relectura novedosa de aquellos elementos de la ficción realista que, como hemos visto con anterioridad, se tomaban como

descripciones objetivas datos adicionales para la geografía. La lectura de Howell reconoce el efecto ideológico de las descripciones, pero destaca que son representaciones de las “condiciones empíricas compartidas de los habitantes de la ciudad y su habilidad para construir una geografía poética con los relatos espaciales que coexisten, pero que no necesariamente coinciden” (Howell, 372). Además, el espacio urbano no es un telón de fondo para la acción, sino que es producto de determinadas estrategias narrativas y su interpretación por parte de los lectores, un producto creativo colaborativo. Adicionalmente, argumenta que la literatura policiaca puede ser tan crítica como la geografía radical, y sugiere que la geografía debe ser tan autorreflexiva como la propia novela policiaca. Inspirado claramente en el posestructuralismo y la crítica posmoderna a las metanarrativas, Howell sugiere que la geografía debe analizar sus propias convenciones discursivas y supuestos epistemológicos, así como la ideología de sus propios escritos.

## **Del espacio a la espacialidad**

El desplazamiento conceptual del espacio a la espacialidad replanteó la conceptualización del primero: pasó de ser un contenedor para la acción humana con existencia previa a las relaciones de todo tipo a ser un proceso, no un sistema cerrado. La noción de “espacialidad” enfatiza la relación entre lo espacial y lo social, que es la condición misma de las relaciones (Kobayashi, 6). Nigel Thrift, David Harvey y Doreen Massey son los nombres más reconocidos asociados con esta tendencia que concibe al espacio como relacional, producto de interacciones, esfera de la “pluralidad contemporánea” donde coexisten múltiples trayectorias, siempre en construcción y nunca terminado, jamás cerrado (Massey, 2008: 9). El espacio no es algo dado porque es coproducido por las múltiples relaciones que se forman —y se deshacen— continuamente.

En 2006, Thrift identificó cuatro maneras diferentes en las que la geografía crítica de principios del siglo XXI reflexiona sobre el espacio; todas sustituyen la idea del “espacio preexistente en el que las cosas se insertan, por una idea del espacio como algo en continua construcción precisamente por medio de la agencia de las cosas que convergen por su circulación más o menos organizada” (Thrift, 2006: 96). El primer tipo de espacio es el empírico construido con todo tipo de cosas: objetos cotidianos desde

coches, computadoras, ropa, trenes, jardines, señalizaciones. El ejemplo que nos da de esta dimensión del espacio es la progresiva estandarización de la medición, que es resultado de un largo proceso para el que fueron necesarios instrumentos especializados cuya evolución ha culminado en el GPS, un tipo de conocimiento multidisciplinario que, además, se difundió a todo el mundo durante siglos como elemento del proyecto colonialista europeo. En el siglo XIX se estandarizó el tiempo a partir del meridiano de Greenwich y zonas horarias a lo largo y ancho del planeta; ahora, gracias a una combinación de GPS, SIG y RFID, va a ser posible localizar todo muy precisamente. El resultado será el “contacto perpetuo” (Thrift, 2006: 98).

La segunda manera de pensar en el espacio es como una serie de conexiones urdidas cuidadosamente por medio de las cuales interactúa el mundo que conocemos. Thrift menciona todo tipo de flujos y circulaciones de personas y objetos a diferentes escalas, “desde el turismo hasta los empleados de una oficina que se mueven en el interior del lugar de trabajo, hasta las protestas organizadas por estos mismos trabajadores o el movimiento restringido de los presos hasta los vastos aparatos del estado, todo lo cual se vuelve difícil de ‘representar conceptualmente’” (Thrift, 2006: 98). Una de las estrategias empleadas para representar todos los flujos y las trayectorias es demarcar un área alrededor de un bloque con rasgos inherentes, que puede ser el espacio capitalista, neoliberal o imperial, el entorno urbano, para luego identificar los poderes y las fuerzas que lo producen, pero esta estrategia de regionalización, aunque indudablemente útil, tiende a suponer que la frontera es una causa y congela una situación que por lo general es dinámica. Estas grandes unidades podrían desagregarse así que, siguiendo a John Urry, Thrift propone empezar con el movimiento y enfatizar las “identidades viajeras” por encima de las nociones fijas de pertenencia. Esto puede hacerse por medio de la aplicación de la teoría del actor-red, el estudio de las cadenas de mercancías y de producción, y pensar en eventos y estructuras. Veremos más adelante cómo Sheila Hones adopta la noción de evento para teorizar sobre el encuentro y la interacción de agentes dispersos en la creación del espacio.

El tercer tipo de espacio consiste en imágenes de todo tipo (fotografías, íconos, gráficas), porque es a través de ellas como registramos los espacios e imaginamos lo que podrían llegar a ser; Thrift nota que en ocasiones son más importantes para nuestro imaginario espacial las imágenes de las

cosas que las cosas o los eventos mismos, además influyen en su constitución. Retomando a Bruno Latour, Thrift indica que algunas imágenes funcionan como modelo para la creación de determinados espacios, como sería la sensibilidad modernista que produjo paisajes ordenados, pero para llegar a estos productos terminados suele haber un complejo proceso de mediaciones, cada una con su propia geografía. Asimismo, una obra terminada como un cuadro religioso implica la intervención de una amplia gama de intermediarios como patronos, asistentes, mapas, gráficas, ángeles, santos, monjes, devotos, barnices, mostrando que no hay una referencia directa al mundo en la imagen misma, sino un conjunto ilimitado de transformaciones que pueden implicar diferentes modos de ver y trabajar la imagen.

El cuarto y último tipo de espacio es el que se entiende como un lugar y “consiste en los ritmos particulares de ser que confirman y naturalizan la existencia de ciertos espacios” (Thrift, 2006: 102). El lugar suele entenderse como el espacio humano por excelencia, por su escala y las interacciones subjetivas y objetivas que lo constituyen. En este sentido, está inextricablemente vinculado con el cuerpo y la experiencia corporal en su conjunto, incluida la afectividad. En esta concepción de lugar es posible detectar todo tipo de variaciones en las costumbres y las prácticas de la vida cotidiana que afectan los ritmos y abren la posibilidad de que aparezcan pequeños espacios en los que las personas pueden hacerse presentes: los lugares no sólo ofrecen recursos de todo tipo (por ejemplo, disposiciones espaciales que pueden permitir ciertos tipos de interacción y no otros), sino que proporcionan pistas para estudiar la memoria y el comportamiento” (Thrift, 2006: 103). Todas estas formas de pensar el espacio son un esfuerzo por reflexionar sobre el poder y su funcionamiento, así como idear nuevas formas de crear espacios y transformarlos; no obstante, el cuerpo entendido como contenedor de una interioridad es simplista, explica Thrift, por lo que conviene plantear al cuerpo individual como parte de una configuración mayor y compleja en la que partes del cuerpo, cosas y lugares se encuentran, interactúan y se modifican entre sí afectivamente, esto es, mediante una “fuerza impersonal que resulta del encuentro, un ordenamiento de las relaciones entre cuerpos, que da como resultado un aumento o una disminución en el potencial para actuar”.

El lugar (entendido como parte de este complejo proceso de corporeización) es un actor crucial en la producción de afectos; en particular, puede

cambiar la composición de un encuentro cuando cambia las conexiones afectivas que se establecen. Así, como sabemos, ciertos lugares pueden y de hecho nos avivan de determinadas maneras, mientras que otros hacen lo contrario” (Thrift, 2006: 104).

Kitchin y Kneale se alinean abiertamente con esta noción del espacio en su artículo sobre la ciberficción, donde examinan las geografías imaginativas del nuevo milenio por medio del género. Justifican su propuesta de cinco maneras: 1) el ciberpunk ha sido aplaudido por su reconocimiento y comprensión de los procesos socioespaciales del posmodernismo, así como por la forma en que imagina las “nuevas espacialidades” del futuro (Kitchin y Kneale, 2001: 20); 2) las novelas ofrecen un panorama informado de futuros posibles a partir de tendencias del presente que se construyen imaginativamente y carecen de las limitantes de la predicción académica; 3) la ciberficción ofrece “espacios cognitivos”, “sitios de contemplación” para examinar la “condición posmoderna” (Kitchin y Kneale, 2001: 29); 4) existen relaciones recurrentes entre autores y lectores y evidencia clara de que algunos sectores sociales buscan la realización de los futuros “socio-técnicos” articulados en las novelas, y, por último, 5) las ficciones inspiran y articulan imaginaciones geopolíticas populares, en particular del ciberespacio.

Una de las innovaciones metodológicas más interesantes de este artículo es que no se centra en la lectura de un corpus limitado de textos literarios, sino en treinta y cuatro novelas y cuatro colecciones de cuentos por autores estadounidenses y canadienses, en su mayoría escritos por hombres y con tramas que incluyen temas como la realidad virtual y el ciberespacio. Esta decisión se basa en el hecho de que su objetivo es identificar puntos en común sobre temas geográficos en el género. Los autores hacen una breve presentación de la ciencia ficción para destacar que, por una parte, crea una sensación de “extrañamiento” o desfamiliarización por medio de la introducción de un *novum* totalizador (famoso concepto de Darko Suvin) que toma la forma de la extrapolación y la especulación. Esta desfamiliarización está delimitada por la racionalidad científica (heredada del siglo XIX) que fundamenta el efecto de verosimilitud. Esta estrategia narrativa permite que se establezca una distancia con respecto al mundo narrado, “un espacio cognitivo” que los lectores deben negociar, pero no es la trama el elemento que distingue a la ciencia ficción, sino su preocupación por el espacio, los espacios “en otro lugar” y las metáforas asociadas como estar “en el espacio exterior”

o “fuera de lugar”. Esta problematización del espacio se explora por medio de la invasión posterior a la transgresión de fronteras, la construcción de nuevos espacios y la disrupción de identidades territoriales. Concretamente, en la ciberficción, el *novum* es la tecnología de la información, la interfase entre lo humano y la tecnología en la forma del cibernético. Es un tipo de ciencia ficción predominantemente extrapolativa, porque toma elementos del presente y los proyecta hacia el futuro.

Los autores lo clasifican como un género posmoderno porque reflexiona acerca de la “condición posmoderna” proyectada hacia el futuro, de tal forma que la tecnología ha invadido plenamente la vida cotidiana y se ha fortalecido la interfase entre el cuerpo y la tecnología dando como resultado a sujetos poshumanos. En este sentido, ofrece el espacio cognitivo para entender la condición posmoderna. En segundo lugar, el posmodernismo se describe por medio de un estilo reconocible como tal porque las novelas usan el pastiche, la mezcla de estilos narrativos y desestabilizan las oposiciones asociadas con un periodo moderno anterior: yo/otro, yo/sociedad, naturaleza/tecnología, naturaleza/civilización, racional/irracional, orden/caos, etcétera, y desplaza el lugar privilegiado de lo humano. No toda la literatura ciberpunk es tan crítica ni innovadora, porque hay una producción más en tendencia que responde a las preocupaciones inmediatas sobre la interfase entre lo humano y la tecnología, pero es útil para los geógrafos estudiar este género porque proporciona “productos culturales clave” que dan forma a las “imaginaciones geográficas populares” (Kitchin y Kneale, 2001: 23), en particular aquéllas relacionadas con el futuro urbano y sus posibilidades distópicas.

El mundo del ciberpunk está gobernado por el capitalismo libertario, el darwinismo social, la globalización y la internacionalización, dominados por contadas grandes corporaciones multinacionales: los países se han fragmentado en naciones más pequeñas, se ha eliminado la clase media, los ricos viven en lugares cercados protegidos, mientras la mayoría habita espacios desordenados, anárquicos. Kneale y Kitchin señalan que este mundo se nutre de procesos como la desregulación de los mercados, la globalización del intercambio y el trabajo, tipos de acumulación flexibles, mercados globales que dominan los regionales y nacionales, el dominio de las TIC en todos estos procesos que reestructuran los espacios a muchas escalas, desde el hogar hasta las ciudades. La forma de las ciudades no escapa

a ninguno de estos procesos, por supuesto, ya que las TIC favorecen la centralización en algunas zonas urbanas controladas por redes de computadoras, se polarizan las zonas metropolitanas para fortalecer una economía dual, procesos examinados en la literatura. El paisaje está dominado por manchas urbanas extensas ingobernables y densamente pobladas, áreas decaídas o abandonadas, otras en las que el paisaje urbano vertical está plagado de rascacielos y arquitectura posmoderna que albergan a las grandes corporaciones y a una población altamente móvil y protegida. Se trata de edificios inteligentes con tecnología incorporada: predeciblemente, Londres, Tokio y Nueva York figuran como ciudades posmodernas donde se concentra el poder político y económico, y están rodeadas por zonas fronterizas semejantes a las descritas por Mike Davis. Las áreas donde se concentra el poder, así como aquéllas aledañas más pobres y sobrepobladas, están intensamente vigiladas y monitoreadas por medio de la tecnología. El espacio público tradicional ha desaparecido para ser sustituido por uno geográfico descrito como un inmenso panóptico en el que todos los datos recopilados tienen valor comercial. Es tan intrusiva la vigilancia, que el ADN se usa para rastrear y regular los movimientos de las personas, al igual que su huella digital.

No obstante el panorama distópico que se describe en estas novelas, Kitchen y Kneale también recuperan su potencial utópico por medio de un análisis de la obra de William Gibson en concreto. Los habitantes sin poder y pobres viven fuera de las zonas protegidas: creativa y colectivamente se apropian de estos espacios de abandono y forjan una conexión entre lugar e identidad que el mundo posmoderno ha debilitado. Los paisajes urbanos son heterogéneos, están llenos de basura y desechos, personas desplazadas y sin techo, las edificaciones derruidas, sobrepobladas, pero es a partir de las ruinas como se abren nuevas posibilidades, nuevas formas de intercambio (el trueque, por ejemplo) y nuevas solidaridades. La ciberficción, para estos autores, es un recurso útil para la geografía porque detalla la “desestabilización del periodo moderno, mapea posibles espacialidades futuras de la condición posmoderna y ofrece los espacios cognitivos que usan los individuos y las instituciones al concebir y hacer una sociedad futura” (Kitchin y Kneale, 2001: 32).

A partir de este momento la geografía y los estudios literarios convergen, emergen tanto la geografía literaria como las geohumanidades y comparten vocabularios y fuentes teóricas, así como temas, preguntas y compromisos:

teorías de los afectos, las atmósferas y el actor-red, temas como el antropoceno y el poshumanismo, el imaginario planetario y los estudios críticos sobre los animales, el nuevo materialismo y la ontología orientada a los objetos, entre muchos otros, en su mayoría enfáticamente antitextuales. Lo que ha quedado claro, y no hay vuelta atrás, es que las aproximaciones que descansan sobre la distancia entre texto y espacio son insostenibles porque “inventarios de las imágenes de la ciudad, descripciones del campo y discursos sobre el Oriente tomaron su impulso de la noción de que existe un espacio que puede ser representado y que podía representarse de distintas maneras y en distintos contextos” (Ogborn, 2005: 145). El resultado es que es innegable que “ni los espacios ni los textos pueden ser una base *a priori*. Más bien, los textos son parte de la producción cultural de los espacios y éstos son parte de la producción cultural de los textos” (Ogborn, 2005: 146). Y, para contrarrestar un posible extravío en la infinita textualidad, se pone énfasis en la materialidad de espacios y textos: “los textos no pueden existir fuera de algún tipo de materialización” (Ogborn, 2005: 147). Son necesariamente geográficos porque existen en formas materiales particulares, “ocupan espacio”, y son móviles gracias a varias tecnologías de distribución que tienen sus propias geografías. Adicionalmente, la lectura misma tiene sus propias geografías, por ende, la geografía literaria tendría que encargarse de estudiar sus contextos sociales, políticos y culturales.

En este sentido, Sheila Hones propone el concepto interdisciplinario de “interespecialidad” para nombrar las interacciones entre los muchos tipos de espacio que se superponen y combinan en la geografía literaria, tales como geografía ficcional, actual, imaginada, literaria, real, que suelen perpetuar una concepción dualista del espacio. Interespecialidad recupera la noción de intertextualidad, término de la teoría literaria que nombra las relaciones entre textos, muchas generadas por los autores mismos, aunque también podrían incluirse las conexiones establecidas por los propios lectores que introducen a la dinámica otras geografías. Cuando se combinan estos dos órdenes de relaciones se vuelve posible “abordar la pluralidad dinámica de textos, espacios, lugares, autores, lectores y otros agentes” (Hones, 2022: 17) que estudia la geografía literaria, relaciones que adquieren una dimensión espacio social, además de espaciotemporal.

## Geografía literaria: el evento geográfico-literario

Hasta ahora, hemos visto que la geografía ha asimilado fuentes teóricas provenientes de la filosofía continental y de los estudios literarios y culturales. En adelante, los caminos corren más paralelos, aunque con frecuencia es la crítica literaria la que le sigue los pasos a la geografía. Sheila Hones (2017) ofrece una muy útil revisión del campo donde reconoce que la trayectoria de la geografía literaria en tanto subcampo de la geografía humana es relativamente directa porque la crítica literaria ha seguido los giros y caminos tomados por la geografía humana en general: de ser fuente de la descripción geográfica, la literatura pasó a ser fuente de configuraciones subjetivas y, finalmente, la geografía literaria combina la geografía con los estudios de la espacialidad, pero advierte que la definición se ha complicado en los últimos años porque el trabajo que se hace en la intersección entre los estudios literarios y la geografía es más interdisciplinario, mientras que los estudios que dan cuenta del desarrollo del campo han ampliado la definición para incluir todo tipo de materiales; todo ello dificulta la tarea de crear un panorama general.

En este apartado quiero comentar los textos más clásicos de la geografía literaria propiamente dicha. Los autores que comentaré dialogan entre sí, y ya se alcanza a percibir el inicio de un campo discursivo porque se citan mutuamente, se discuten temas afines configurando una bibliografía común. Ridanpää llama a este conjunto de reflexiones “espacios textuales” y “espacios narrativos” porque se enfocan en estudiar cómo la literatura opera como un espacio narrativo, cómo se crea la geografía ficcional que es bastante más que la descripción de los espacios, los paisajes y su mapeo. Lo que me interesa destacar de estos autores son sus aportes metodológicos, advirtiendo que Brosseau escribe para un público de geógrafos, mientras que Hones y Anderson son críticos literarios y geógrafos.

Por su parte, Marc Brosseau argumenta que el giro cultural en la geografía y el giro espacial en los estudios literarios crearon el terreno fértil para un intercambio interdisciplinario que impactó la definición y conceptualización de la geografía literaria (2017: 10). Identifica dos profundas transformaciones posteriores a los noventa en la forma en que la geografía se acerca a la literatura: 1) la literatura es un tipo de epistemología geográfica alternativa y 2) examina a la literatura desde una perspectiva sociológica y la trata

como una forma de intervención discursiva en las políticas culturales y espaciales de la identidad y la diferencia (2017: 10).

Asimismo, Brosseau explica que la idea de que la literatura es un tipo de epistemología geográfica alternativa surgió cuando los propios geógrafos empezaron a entender las consecuencias de sus propias prácticas discursivas, de tal manera que el lenguaje dejó de ser un medio neutral o nominativo exclusivamente. Brosseau propone que a las novelas (no a los novelistas) se las considere como geógrafos/as porque generan geografías desde dentro: así se desplaza la atención del autor y el contexto al texto mismo y se reconoce su habilidad (un tipo de agentividad) para definir a su lector. La segunda perspectiva surge gracias a que la geografía intensificó su relación con los estudios culturales y poscoloniales, lo que permitió a los geógrafos reconocer que los escritores “no son ni creadores extraordinarios que articulan la verdad universal acerca de la condición humana ni simples productores condicionados por su posición en una estructura social más amplia; son sujetos sociales corporeizados que articulan su posición (en términos de clase, raza, género, sexualidad, etnicidad, nacionalidad) en contextos socio-espaciales más amplios. A su vez, en diverso grado, los autores también son definidos por esos contextos” (Brosseau, 2017: 11).

Además, Brosseau define la geografía literaria como “el estudio de la literatura por geógrafos” (reconoce que es controvertida su decisión) y retoma de Michel Collot la idea de que hay tres distintos campos de conocimiento en la geografía literaria: el término abarca diversas orientaciones que debemos distinguir al tiempo que las articulamos; aproximaciones geográficas que estudian el contexto espacial en el que se producen las obras literarias (una geografía de la literatura) o que identifican la realidad literaria a la que se refieren (la geografía en la literatura); la aproximación geocrítica que analiza la representación del espacio y su significación en textos *per se* y las geopoéticas, que se enfocan en la relación entre la creación literaria y el espacio, pero también en la forma en la que se expresa. Tres diferentes dimensiones del espacio literario corresponden a tres niveles de análisis que se sostienen en las tres facetas del signo lingüístico (significante, significado y referente): sus ataduras en lugares reales, la construcción de un universo imaginario o un paisaje y la espacialidad del texto.

Los conceptos de geografías imaginarias, geografías imaginativas e imaginarios geográficos no son equivalentes, y Brosseau se esfuerza por

distinguirlos. Las geografías imaginarias remiten a la práctica por parte de algunos geógrafos de buscar en la literatura representaciones de algún fenómeno geográfico, sin tener en cuenta las condiciones materiales que dan pie a esas representaciones ni interés en los aspectos formales del medio. Mucha geografía cultural humanista supone que “la literatura captura la esencia de la fugaz experiencia de lugar, ‘sin mediación’ del discurso científico, con el propósito de articular verdades universales sobre la condición humana” (Brosseau, 2017: 12). Los geógrafos radicales han criticado estas posturas por ser apolíticas o insuficientemente sensibles a las relaciones de poder implicadas en las representaciones literarias. También se las critica porque tienen un concepto universal y trascendental de la subjetividad humana, así como una concepción del lenguaje mimética. Es de particular interés que Brosseau describa a la imaginación de esta aproximación como “de conquista” o “conquistadora” porque su impulso es colonizador (2017: 12).

Cuando habla de geografías imaginativas, Brosseau remite a Derek Gregory, geógrafo que usa el concepto por primera vez en el contexto de la geografía humana y que se ha convertido en una palabra clave en la disciplina: “las representaciones de otros lugares —de personas y paisajes, culturas y ‘naturalezas’— que articulan los deseos, fantasías y temores de sus autores en las redes de poder entre ellos y sus ‘Otros’”, perspectiva que también puede clasificarse como producto de una forma de imaginación “conquistada” porque estudia las representaciones literarias que inciden en conceptos culturales, los legitiman o cuestionan. Las geografías imaginativas son “ideológicamente performativas” porque abonan a ideologías dominantes atravesadas por relaciones de poder: “el conocimiento sobre los imaginarios geográficos tiende a enfatizar la mediación o los tipos recurrentes de relación causal entre sujetos (individuales o colectivos), discurso (o representaciones) y realidades mundanas” (Brosseau, 2017: 13).

Los imaginarios geográficos se entienden como mediadores, interfaces o repetidores, el imaginario concebido como una especie de “matriz con la que se ordena el mundo”, se hace inteligible y adquiere sentido. Se suspende la clara distinción entre realidad y ficción por la función simbólica de las geografías imaginarias y permite el diálogo entre el discurso literario y los imaginarios urbanos. El ejemplo que cita es de Kitchin y Kneale, geógrafos que además contribuyeron a que el tipo de literatura estudiada por la geografía literaria fuera más variado: ya no eran objeto de estudio las novelas realistas

únicamente, sino que la poesía, la literatura de viajes y popular, la detectivesca, el cuento y las novelas gráficas se han convertido progresivamente en objeto de estudio legítimo (Dittmer, 2010; Funnell y Dodds, 2017). Esto ha dado pie a que, además, se exploren no sólo géneros como el relato detectivesco, sino otras modalidades como el cuento corto o la autobiografía, que relacionan la geografía en el texto con la geografía que lo rodea. A su vez, este desplazamiento entre el afuera y el adentro de las obras ha despertado interés en los procesos de recepción de los textos, su espacialidad y sociabilidad son prácticas corpóreas y materiales. Para ello, Sheila Hones (como veremos más adelante) propone pensar en el texto literario como un evento que reúne espacialmente distintas trayectorias y dimensiones asociadas con los autores, los textos y los lectores. Para concluir, Brosseau resume los recientes avances en la geografía literaria como una articulación de “las geografías de la literatura y las geografías en la literatura —y, con frecuencia, con especial atención a las formas discursivas en las que se expresan” (Brosseau, 2017: 22). Comprobamos, con su conclusión, que los usos que la geografía hace de la literatura dependen en gran medida de las herramientas teórico-metodológicas empleadas, la corriente crítica que se retoma, así como los intereses políticos que guían la investigación, de tal manera que conforme se multipliquen las categorías aumentarán tanto los objetivos como el campo de acción de la geografía literaria.

A continuación, voy a detenerme en algunos artículos clásicos de la geografía literaria posgiro cultural y, en algunos casos, en obras posteriores de los mismos autores. Sheila Hones (2008) formula una propuesta metodológica que reúne muchas de las estrategias de lectura revisadas hasta ahora, incluyendo un esfuerzo por destacar la naturaleza colaborativa de la creación de espacios como una práctica dinámica entre texto, autor y lector. Vale la pena destacar que la geografía que estudia a la literatura actualmente está mucho más consciente del papel de los lectores reales en la interpretación textual que la crítica literaria tradicional, y esto es sin duda uno de los rasgos más innovadores de esta propuesta. Hones propone que el encuentro entre lector y autor es un “acontecimiento espacial” porque es un punto de convergencia entre una amplia gama de personas, lugares, tiempos, contextos, redes y comunidades. Los caminos que tomará este encuentro son siempre impredecibles y únicos; el acontecimiento arranca cuando el lector toma el texto literario que “sucede” cuando es activado por el acto de

leer. Más que una geografía del libro, Hones propone una “perspectiva explícitamente espacial del texto que comprende el nexo entre escritura y lectura como contextualizado y un acontecimiento siempre emergente” (Hones, 2008: 1302). La suya es una propuesta que, además, no privilegia una lectura sobre otra ni las pone a competir entre sí porque da cabida a la multiplicidad que prevalece cuando las lecturas performadas (*performed readings*) se producen en relación con dos geografías: la geografía del acontecimiento textual inicial y la segunda es el contexto en el que la experiencia lectora se narra. A partir de esta convergencia de geografías que Hones formula una definición de la geografía literaria como un campo de estudio coherente. Lo que le interesa en este artículo es ofrecer un modelo de análisis de la geografía del texto literario que de cuenta de los múltiples factores que intervienen en su manufactura, circulación y lectura, incluidos los diferentes tipos de lectores (incluidos los editores, reseñistas, correctores, traductores), formas de circulación y de recepción pública como foros, clubes de lectura y artículos académicos. Estas diversas comunidades, los conocimientos varios que las caracterizan, así como las geografías en las que operan pueden traslaparse o coexistir temporalmente.

Sucintamente, destaca dos asuntos relacionados con la definición de geografía literaria, los cuales están relacionados con dos términos que pueden referirse ya sea a una disciplina o a un tema. Por un lado, “geografía” se ha empleado para hacer referencia a las teorías y prácticas, así como a los espacios, lugares y fenómenos del mundo físico; “literaria” remite tanto a la disciplina de los estudios literarios como a los textos en tanto fuentes primarias. Las diferencias disciplinarias inhiben la formación de un campo realmente interdisciplinario que no separe “la textualidad del espacio” de la “espacialidad de los textos”. A partir del nuevo entendimiento del espacio asociado con el giro espacial, Hones propone que si el espacio es la dimensión en la que se encuentran relatos previamente desconectados y trayectorias históricas diversas, es también la dimensión en donde ocurren la lectura y la escritura. Además de reconocer cómo los contextos de los propios lectores académicos condicionan sus lecturas, sería importante que citaran obras de otras disciplinas y que se presenten y publiquen en revistas que no sean de su disciplina. El texto como evento geográfico no sólo implica a estos lectores académicos, sino al público en general, así que el impacto social de cualquier texto surge en este encuentro con diversos lectores situados específicamente.

Los académicos podrían participar en una empresa genuinamente colaborativa, si partieran de la idea del texto como evento porque convergen distintas geografías cada vez que se inicia una lectura.

Claramente, Sheila Hones busca crear un terreno fértil para la colaboración necesaria de la creación del campo de la geografía literaria y establecer un diálogo realmente interdisciplinario. Hemos visto que al menos en los estudios literarios todavía no se logra este objetivo: basta revisar la bibliografía citada de quienes estudian el espacio en algún texto literario para comprobar que no tienen conocimiento de la bibliografía geográfica. Hones (2014) expone su metodología claramente y la ejemplifica con el análisis de una sola novela. Reitera la idea del texto como evento que ocurre en la interrelación de múltiples participantes además de los autores y lectores, los editores, las editoriales, los maestros, todos a su vez insertos en procesos localizados geográficamente. El ejemplo que pone de su propio libro es útil para entender lo que quiere decir:

Este libro también es un acontecimiento. Está ocurriendo ahora mismo conforme interactúan mi escritura y tu lectura en el espacio y el tiempo: estamos participando en una colaboración. De hecho, en el caso de este texto en particular —originalmente escrito en inglés, rescrito en japonés, y luego revisado y ampliado en inglés— la colaboración involucra a un traductor, varios reseñistas, al menos tres editores, así como una autora (yo) y una lectora (tú). También involucra los varios otros lectores, colegas y amigos que contribuyeron con su participación al evento antes de que el manuscrito en inglés fuera enviado al traductor. Nuestro acontecimiento —escritura-lectura— va a involucrar el encuentro a través de varios tipos de distancia (temporal, espacial, lingüística) de muchos participantes, y conforme vayas leyendo, estés en donde estés y cuando sea, estarás colaborando conmigo en una improvisación que reúne a múltiples personas, lugares, tiempos, contextos, redes y comunidades. Nuestra colaboración es impredecible y única. Podría terminar repentinamente a medio camino, si pierdes la paciencia o el interés y dejas de leer, pero en este momento todavía es un encuentro entre mis intenciones y formas de escribir y tus propósitos y formas de leer. Nuestra colaboración escritura-lectura también incluye la participación de muchos otros lectores y escritores que han influenciado nuestras varias formas de escribir y leer: editores, críticos literarios, geógrafos, profesores, colegas, estudiantes, novelistas y reseñistas. Está formado por comunidades otrora no relacionadas y competencias especializadas dispares, y por el amplio espectro de los contextos históricos y condiciones locales (Hones, 2014: 7).

La propuesta de Hones parece utópica en el mejor de los casos, impráctica en el peor, porque no es tan claro cómo se determina qué elemento es relevante para explicar el acontecimiento y sus consecuencias. En este sentido, la propuesta pedagógica de Jon Anderson citada más adelante compagina con la apuesta metodológica de Hones y ofrece estrategias para delimitar el problema de investigación; no obstante, habrá que recordar que la reflexión de Hones apuesta por la colaboración: no necesariamente tiene que ser una sola lectura la que hace todo este trabajo, lo ideal es que sean varias. Se elimina así la competencia entre lecturas, la jerarquía entre diferentes comunidades lectoras y se visibilizan las dinámicas que inciden en que un texto literario sea activado o realizado, como diría la teoría de la recepción. También se abren las puertas a la reflexión acerca de las múltiples geografías que entran en juego.

Por último, quiero mencionar el artículo de Elizabeth Jones, “What Literature is Spatial?” (2018) porque es una reflexión reciente acerca de la situación actual del campo de la geografía literaria, un campo que considera ya establecido de contornos flexibles y cambiantes. Jones regresa a dos preguntas fundamentales para recordar los estereotipos y supuestos que cada disciplina tiene sobre la otra: ¿qué literatura es espacial? y ¿qué espacio es literario? El terreno común que tienen ambas es que reconocer “las maneras en que las relaciones de poder espaciales estructuran la vida a micro y macroescalas, desde el cuerpo individual hasta el globo mismo” nos permite reconocer la relevancia fundamental del espacio en toda experiencia vivida (Jones, 2018: 38).

¿Qué literatura es espacial? Jones señala que la crítica literaria que estudia el espacio suele enfocarse en un conjunto limitado de temas y tropos, desde el exilio, el viaje, la migración y la pertenencia hasta la experiencia urbana y la *flânerie*, el regionalismo literario, el estudio del paisaje y varios tipos de cartografía literaria: la geopoética y la ecocrítica abonan a estas perspectivas más tradicionales, pero Jones cree que debe ser más amplio el campo de la geografía literaria a partir de la perspectiva de la nueva geografía cultural, pues retomó de la geografía humana la idea de que el espacio es una fuerza activa ideológica y política profundamente entrelazada con las relaciones de poder y las jerarquías. A partir de esto, se desafía la creencia de que hay ciertos espacios que son invisibles, neutrales (pensemos en los llamados no lugares de Marc Augé, que para la geografía serían impensables):

“si miramos desde la escala micro de la experiencia cotidiana hasta las fuerzas geopolíticas globales de la escala macro, podemos reflexionar acerca de cómo las relaciones de poder sostienen el espacio en todos los niveles y descubrir cómo están inscritas en varias formas literarias” (Jones, 2018: 39). En respuesta a la pregunta planteada al inicio del párrafo, Jones responde: “toda” (2018: 41). El significado mismo de los textos es inherentemente espacial, comenta Jones, porque se crean en contextos sociales particulares, y como resultado de su dimensión performativa modifican el espacio tanto de quien lee y escribe, y, en este sentido, la literatura “cocrea” el espacio (Jones, 2018: 40). La realidad es por naturaleza mediada y las maneras en que texto y lugar cocrean geografías permite un encuentro fructífero entre disciplinas.

Los últimos números de la revista *Literary Geographies* son testimonio de la diversidad teórico-metodológica que ahora caracteriza a la geografía literaria, y aunque en la revista *GeoHumanities* también encontramos análisis literario, su inclinación y objetivos se apartan de aquéllos de la geografía literaria. Esta antología reúne una gama amplia de perspectivas y temas geográficos que, desde mi experiencia como docente, considero de utilidad para quienes tengan interés en estudiar las geografías literarias. Todos los campos de la geografía son potencialmente interesantes para los estudios literarios, desde la cartografía hasta la geografía física, pero he elegido ejemplos de la geografía humana y cultural porque sus compromisos políticos y supuestos teóricos son afines a los míos. Muchos de los artículos hacen referencia explícita a la literatura, otros no; algunos de éstos dialogan con artículos que aplican sus temas al análisis literario; otros son provocaciones que, con creatividad, podrían adaptarse al análisis literario porque abordan temas presentes en la literatura actual.

La literatura produce conocimiento geográfico y, por ello, es pertinente estudiarla con las herramientas, perspectivas y metodologías de la propia geografía que nos permiten identificar todos los componentes que tienen agencia e influencia en el “evento geográfico” de la ficción, para destacar las relaciones entre ellos: se trata de recuperar la especificidad del conocimiento geográfico (que es un elemento del conocimiento literario) al tiempo que se recuperan las vibraciones de su materialidad (Bennett, 2022) avivadas por los múltiples tipos de conexiones que cada libro leído ofrece en su realización. Aquí retomo la propuesta de Jon Anderson, quien parte del

“evento geográfico” de Hones para enfatizar la valencia del evento en las geografías extratextuales. Para ello, y a partir de la noción de ensamblaje de Bruno Latour, Anderson explica que una perspectiva relacional sobre el mundo parte del supuesto de que una geografía es un proceso abierto, móvil, centrado en los actores humanos y no humanos, materiales e inmateriales. Si un texto literario se conceptualiza como un ensamblaje, un evento geográfico necesariamente relacional activado por el acto de la lectura emplazada participa de esta relacionalidad, porque tanto las geografías como la ficción son “composiciones continuas” indefinidas, centradas en los actores (Anderson, 2015: 123).

El ensamblaje es una entidad dinámica que emerge cuando convergen muchas otras partes que no necesariamente coinciden intencionalmente por diseño ni tienen permanencia los vínculos creados entre ellas; su conglomeración conserva la coherencia de las partes individuales, pero forma un conjunto más grande mediante su interconexión. Adaptada al estudio de un libro (y es importante señalar que se trata de un libro y no de un texto), la teoría del ensamblaje permite que un ejemplar de algún libro no sea simplemente una cosa cualquiera entre una serie de “cosas discretas” (ideas acumuladas presentadas por el autor y retomadas por el lector), sino que se comprenda conforme emergen las asociaciones entre “autor-lector-página-y-lugar” que configuran su particular significado e identidad (Anderson, 2015: 124). Así, un libro emerge cuando algún lector activa conexiones (que no serán siempre las mismas para quienes leen) entre distintos flujos de ideas, palabras, materialidades y personas (Anderson, 2015: 126). La idea convencional del libro como una unidad discreta y singular se sustituye por la obra como agente activo en un entramado de relaciones, incluidas aquéllas en el mundo, las “interterritoriales”. Hay tres tipos de dominio espacial en los que el libro como ensamblaje tiene afectos: los afectos espaciales que ocurren en los espacios ficcionales, las geografías “intratextuales”; los afectos espaciales también pueden darse en los espacios literarios intertextuales, entre libros o textos de diversa índole y, por último, los afectos territoriales que son consecuencia del impacto físico literal que puede tener una obra en un lugar (Anderson, 2015: 128). Anderson concluye su propuesta metodológica con una serie de preguntas de investigación que vale la pena tener en mente cuando se consulte esta antología (2015: 129):

- 1) ¿Qué relaciones de un libro (libro en tanto ensamblaje) dominan nuestro interés y por qué (por ejemplo, tenemos interés en las relaciones entre autor-personaje, autor-género, autor-lugar de escritura, lector-narrativa, lector-personaje, lector-lugar, narrativa-lugar, etcétera)?
- 2) ¿Qué componentes dominan estas relaciones (geografías espaciales o materiales, géneros, espacios intertextuales, etcétera)?
- 3) ¿Qué dominios espaciales intra e intertextuales crean el libro y cómo podrían mapearse?
- 4) ¿Cuál es la valencia de este libro en retomar y hacer geografías extratextuales en ubicaciones particulares?, ¿qué aspecto tienen estos nuevos ensamblajes y qué producen a su vez?
- 5) ¿Qué conocimientos pueden generarse a partir de estos ensamblajes para iluminar las relaciones entre personas y lugares?

## Fuentes

AIKEN, CHARLES S.

1983 “The Transformation of James Agee’s Knoxville”, *Geographical Review* 73, no. 2: 150-165.

1979 “Faulkner’s Yoknapatawpha County: A Place in the American South”, *Geographical Review* 69: 331-348.

ALEXANDER, NEAL

2015 “On Literary Geography”, *Literary Geographies* 1, no. 1: 3-6.

ANDERSON, BEN

2020 “Cultural Geography III: The Concept of ‘Culture’”, *Progress in Human Geography* 44, no. 3: 608-617.

2019 “Cultural Geography II: The Force of Representations”, *Progress in Human Geography* 43, no. 6: 1120-1132.

2017 “Cultural Geography I: Intensities and Forms of Power”, *Progress in Human Geography* 41, no. 4: 501-511.

ANDERSON, JON

2015 “Towards an Assemblage Approach to Literary Geography”, *Literary Geographies* 1, no. 2: 120-137.

2010 *Understanding Cultural Geography: Places and Traces*. Londres: Routledge.

BARNES, TREVOR J. y JAMES S. DUNCAN

1992 “Introduction: Writing Worlds”, en Trevor J. Barnes y James S. Duncan, eds., *Writing Worlds: Discourse, Text, and Metaphor in the Representation of Landscape*. Londres: Routledge, 1-17.

BENNETT, JANE

2022 *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Trad. Maximiliano Gonnet. Buenos Aires: Caja Negra.

BROSSEAU, MARC

2017 “In, Of, Out, With, and Through: New Perspectives in Literary Geography”, en Robert Tally Jr., ed., *The Routledge Handbook of Literature and Space*. Londres: Routledge, 9-27.

1994 “Geography’s Literature”, *Progress in Human Geography* 18, no. 3.

BUSHELL, SALLY

2012 “The Slipperiness of Literary Maps: Critical Cartography and Literary Cartography”, *Cartographica* 47, no. 3: 149-160.

CASEY, EDWARD

1997 *The Fate of Place. A Philosophical History*. Los Ángeles CA: University of California Press.

COSGROVE, DENIS

2006 “Modernity, Community and the Landscape Idea”, *Journal of Material Culture* II, nos. 1-2: 49-66.

COSGROVE, DENIS y PETER JACKSON

1987 “New Directions in Cultural Geography”, *Area* 19, no. 2: 95-101.

CRESSWELL, TIM

2013 *Geographic Thought: A Critical Introduction*. Londres: Blackwell.

DANIELS, STEPHEN

1992 “Place and the Geographical Imagination”, *Geography* 77, no. 4: 310-322.

DE LEEUW, SARAH y HARRIET HAWKINS

2017 “Critical Geographies and Geographies Creative Re/Turn: Poetics and Practices for New Interdisciplinary Spaces”, *Gender, Place and Culture. A Journal of Feminist Geography* 24, no. 2: 1-22.

DE LEEUW, SARAH y SALLIE A. MARTSON

2013 “Creativity and Geography: Toward a Politicized Intervention”, *The Geographical Review* 103, no. 2: iii-xxvi.

DEAR, MICHAEL

1995 “Practicing Postmodern Geography”, *Scottish Geographical Magazine* III, no. 3: 171-181.

1988 “The Postmodern Challenge: Reconstructing Human Geography”, *Transactions* 13, no. 3: 262-274.

DITTMER, JASON

2010 *Popular Culture, Geopolitics, and Identity*. Maryland: Rowman & Littlefield.

DUNCAN, J. y N. DUNCAN

1988 “(Re)reading the Landscape”, *Environment and Planning D. Society and Space* 6: 117-126.

DUNCAN, JAMES y DAVID LEY

1982 “Structural Marxism and Human Geography”, *Annals of the Association of American Geographers* 72, no. 2: 30-59.

FINCH, JASON, AMEEL LIEVEN, SILJA LAINE y RICHARD DENNIS, eds.

2021 *The Materiality of Literary Narrative in Urban History*. Londres: Routledge.

FRIEDMAN, SUSAN STANFORD

- 1998 "Introduction: Locational Feminism", en *Mappings: Feminism and the Cultural Geographies of Encounter*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 3-13.

FUNNELL, LISA y KLAUS DODDS

- 2017 *Geographies, Genders, and Geopolitics of James Bond*. Londres: Palgrave Macmillan.

GREGORY, DEREK

- 2009 "Humanistic Geography", en Derek Gregory, Ron Johnston, Geraldine Pratt, eds., *The Dictionary of Human Geography*. Londres: Wiley-Blackwell, 356-358.
- 1995 "Imaginative Geographies", *Progress in Human Geography* 19, no. 4: 447-485.

HARLEY, J. P.

- 1989 "Deconstructing the Map", *Cartographica* 26, no. 2: 1-20.

HERBERT, DAVID

- 2001 "Literary Places, Tourism and the Heritage Experience", *Annals of Tourism Research* 28, no. 2: 312-333.

HONES, SHEILA

- 2022 "Interdisciplinarity", *Literary Geographies* 8, no. 1: 15-18.
- 2018 "Literary Geography and Spatial Literary Studies", *Literary Geographies* 4, no. 2: 146-149.
- 2017 "Literary Geography", en Douglas Richardson, Noel Castree, Michael F. Goodchild, Audrey Kobayashi, Weidong Liu y Richard A. Martson, eds., *The International Encyclopedia of Geography*. Nueva Jersey: John Wiley and Sons, 1-6.
- 2014 *Literary Geographies: Narrative Space in Let the Great World Spin*. Londres: Palgrave Macmillan.
- 2011 "Literary Geography: Setting and Narrative Space", *Social & Cultural Geography* 12, no. 7: 685-699.

- 2008 “Text as it Happens: Literary Geography”, *Geography Compass* 2, no. 5: 1301-1317.
- 2002 “What We Can Say about Nature: Familiar Geographies, Science Fiction and Popular Physics”, en Rob Kitchin y James Kneale, eds., *Lost in Space: Geographies of Science Fiction*. Londres: Continuum, 156-166.

HOWELL, PHILIP

- 1998 “Crime and the City Solution: Crime Fiction, Urban Knowledge, and Radical Geography”, *Antipode* 31, no. 4: 357-378.

HSU, HSUAN L.

- 2005 “Literature and Regional Production”, *American Literary History* 17, no. 1: 36-69.

JACKSON, PETER

- 2001 “Families and Food: Beyond the ‘Cultural Turn?’”, *Social Geography* 6: 63-71.
- 1989 *Maps of Meaning. An Introduction to Cultural Geography*. Londres: Routledge.

JONES, ELIZABETH

- 2018 “What Literature is Spatial?”, *Literary Geographies* 4, no. 1: 38-41.

KASALA, KAROL y MIROSLAV SIFTA

- 2017 “The Region as a Concept: Traditional and Constructivist View”, *AUC Geographica* 52, no. 2: 208-218.

KITCHIN, ROB y JAMES KNEALE

- 2002 *Lost in Space. Geographies of Science Fiction*. Londres: Continuum.
- 2001 “Science Fiction or Future Fact: Exploring Imaginative Geographies of the New Millenium”, *Progress in Human Geography* 25, no. 1: 19-35.

KOBAYASHI, AUDREY

- 2017 “Spatiality”, en Douglas Richardson, Noel Castree, Michael F. Goodchild, Audrey Kobayashi, Weidong Liu y Richard A. Martson,

eds., *The International Encyclopedia of Geography*. Nueva Jersey: John Wiley and Sons, 1-7.

LAGOPOULOS, A. P.

1993 "Postmodernism, Geography, and the Social Semiotics of Space", *Environment and Planning D, Society and Space* 11: 255-278.

LANDO, FABIO

1996 "Fact and Fiction: Geography and Literature: A Bibliographic Survey", *GeoJournal* 38, no. 1: 3-18.

MALPAS, JEFF

2001 *The Place of Landscape: Concepts, Contexts, Studies*. Massachusetts: MIT Press.

1999 *Place and Experience: A Philosophical Topography*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.

MASSEY, DOREEN

2008 *For Space*. Nueva York: Sage.

MCDOWELL, LINDA

1994 "The Transformation of Cultural Geography", en Derek Gregory, Ron Martin y Graham Smith, eds., *Human Geography: Society, Space and Social Science*. Londres: Macmillan, 146-173.

MITCHELL, W. J. T.

2002 *Landscape and Power*. Illinois: Chicago University Press.

MORIN, KAREN M.

2019 "Landscape: Representing and Interpreting the World", en Nicholas J. Clifford, Sarah L. Holloway, Stephen P. Rice y Gill Valentine, eds., *Key Concepts in Geography*. Nueva York: Sage, 286-299.

NOBLE, ALLEN y RAMESH DHUSSA

1990 "Image and Substance: A Review of Literary Geography", *Journal of Cultural Geography* 10, no. 2: 49-65.

OGBORN, MILES

2005 “Mapping Words”, *New Formations* 57: 145-149.

POCOCK, DOUGLAS

2014 *Humanistic Geography and Literature. Essays on the Experience of Place*. Londres: Routledge.

1984 “Geography and Literature”, *Area* 16, no. 1: 73.

PRIETO, ERIC

2012 “Review of Bertrand Westphal”, *Econozone@* 3, no. 1: 152-154.

RIDANPÄÄ, JUHA

2013 “Geography and Literature”, *Oxford Bibliographies*, en <<http://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199874002/obo-9780199874002-0013.xml>>.

RONEN, RUTH

1986 “Space in Fiction”, *Poetics Today* 7, no. 3: 421-438.

ROSE, GILLIAN

1993 *Feminism and Geography. The Limits of Geographical Knowledge*. Oxford: Polity.

ROSEMBURG, MURIEL

2016 “Literary Spatiality through the Prism of Geography”, *L'Espace géographique* 45, no. 4: 289-294.

SAID, EDWARD

1993 “Overlapping Territories, Intertwined Histories”, en *Culture and Imperialism*. Nueva York: Vintage Books, 3-61.

SAUNDERS, ANGHARD

2010 “Literary Geography: Reforging Connections”, *Progress in Human Geography* 34, no. 4: 436-452.

SCHLOSSER, KOLSON

2022 “Allegory and Articulation in Geographies of Climate Fiction”, *GeoHumanities* 8, no. 2: 367-381.

SCOTT, JOAN W.

1991 “The Evidence of Experience”, *Critical Inquiry* 17, no. 4: 773-797.

SEAMON, DAVID y ADAM LUNDBERG

2017 “Humanistic Geography”, en Douglas Richardson, Noel Castree, Michael F. Goodchild, Audrey Kobayashi, Weidong Liu y Richard A. Martson, eds., *The International Encyclopedia of Geography*. Nueva Jersey: John Wiley and Sons.

SHARP, JOANNE

2000 “Towards a Critical Analysis of Fictive Geographies”, *Area* 32, no. 3: 327-334.

SHARP, WILLIAM

1904 *Literary Geography*. Londres: Pall Mall Publications.

SILK, J.

1984 “Beyond Geography and Literature”, *Environment and Planning D: Society and Space* 2: 151-178.

SOJA, EDWARD

1996 *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. Londres: Blackwell.

TALLY, ROBERT JR.

2019 “Spatial Literary studies versus Literary Geography?”, *English Language and Literature* 65, no. 3: 391-408.

2017 *The Routledge Handbook of Literature and Space*. Londres: Routledge.

THACKER, ANDREW

2017 “Critical Literary Geography”, en Robert Tally Jr., ed., *The Routledge Handbook of Literature and Space*. Londres: Routledge.

- 2005 “The Idea of a Critical Literary Geography”, *New Formations* 2005, no. 57.

THRIFT, NIGEL

- 2006 “Space: The Fundamental Stuff of Human Geography”, en Nicholas Clifford, Sarah holloway, Stephen P. Rice y Gill Valentine, eds., *Key Concepts in Geography*. Nueva York: Sage, 95-107.
- 1983 “Literature, the Production of Culture and the Politics of Place”, *Antipode* 15, no. 1: 12-24.

TUAN, YI-FU

- 2014 “Literature and Geography: Implications for Geographical Research”, en David Ley y Mawryn S. Samuels, eds., *Humanistic Geography: Prospects and Problems*. Londres: Routledge, 194-206.
- 2001 *Space and Place. The Perspective of Experience*. Mineápolis, MN: University of Minnesota Press.
- 1976 “Humanistic Geography”, *Annals of the Association of American Geographers* 66, no. 2: 266-276.

WRIGHT, JOHN

- 1924 “Geography in Literature”, *The Geographical Review* 14, no. 4: 659-660.

WYLIE, JOHN

- 2007 *Landscape*. Londres: Routledge.